



Tommy Rott

SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER
**FLORES SOBRE
MI TUMBA**

FLORES SOBRE MI TUMBA

KEITH LUGER

Flores sobre mi tumba

1.^a EDICIÓN
ABRIL - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

285. — El valle de las víboras. 413. — Un hombre llamado muerte. 429. — Tres forajidos y una mujer.

En Colección BÚFALO:

64. — Vivo o muerto. 84. — Nido de ratas. 94. — El heredero. 97. — Una herencia difícil.

En Colección SERVICIO SECRETO:

209. — El sindicato del crimen. 15. — El gas terror.
231. — La ciudad perversa. 248. — Trabajo peligroso. 289.
— Las rubias mueren así.

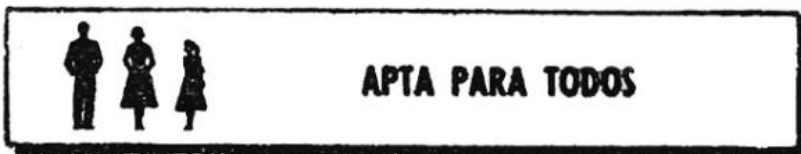
En Colección PANTERA:

251. — La espada llameante. 29. — La ley de los fuertes.
42. — La muerte oculta.

En Colección CONGO:

2. — Reguero de sangre. 7. — Trágico botín. 10. —
Revolta en el Sudán. 17. — Atentado en África. 19. —
¡Calen la bayoneta!

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



Printed in Spain

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

Mi historia empieza el 9 de noviembre de 1955.

Eran las tres y media de la tarde y desde mi mesa podía contemplar, a través de la ventana, cómo caían los copos de nieve. El invierno se había adelantado en Nueva York.

Yo había llegado hacía un rato de la Ciudad de las Ostras, a unos cincuenta kilómetros del Empire State, en donde había permanecido cinco horas tratando de cazar noticias de primera mano relacionadas con la muerte de un importante banquero.

Sabía de antemano que el director de mi periódico, Stephen Ullman, entraría de un momento a otro en mi despacho para apostrofarme. Por ello trataba de confeccionar

un reportaje algo más que pasable con los datos que había podido conseguir.

Poco más o menos, a las tres y diez sentí un frío extraño y levanté la mirada de mis papeles contemplando a un hombre que había entrado subrepticamente en el despacho.

Aparentaba tener unos cuarenta años de edad, y era cejijunto, de ojos verdes, piel muy morena, boca pequeña y mentón puntiagudo. Se cubría con un abrigo y sombrero negros.

Yo solté un bufido.

—¿Qué le pasa? ¿No le enseñó su mamá a llamar a una puerta antes de colarse en una habitación?

Mi desconocido visitante no se inmutó. Metió las manos en los bolsillos y preguntó:

—¿Es usted Fred Jalonik?

—¿Y qué si lo soy? También me gustan los buenos modales.

—He leído algunas cosas tuyas. No lo hace del todo mal.

Empecé a sonreír, pero él me atajó, murmurando:

—Lo malo es que hasta el presente no ha salido usted del basurero.

Dejé de distender los labios y fruncí el ceño, señalando con la mano la puerta.

—¡Lárguese, compadre! —le ordené.

Pero el de luto se quedó inmóvil como si no hubiera oído nada.

—¿Quiere ser famoso en todo el país, señor Jalonik? —me preguntó.

—¿Representa, acaso, a la Metro-Goldwyn-Mayer?

—Es mejor que eso. Le voy a ofrecer la oportunidad de realizar la mejor información que haya podido ver la luz en los periódicos.

Di un suspiro de resignación. Aquel tipo era uno de tantos que se presentan diariamente en las redacciones de los diarios de todo el mundo ofreciendo lo mejor, lo más sensacional, lo más apasionante.

—Escuche, quienquiera que sea usted —le dije, con suavidad—. Yo no soy más que un humilde redactor del “Star”. ¿Por qué no se dirige a mi jefe, el señor Ullman? Él le atenderá debidamente y destinará uno de los redactores para que le oiga a usted. Yo no puedo hacer nada sin la autorización superior, créame.

Me retrepé en el sillón pensando que ahora él se despediría, pero en lugar de ello, insistió:

—Ha de ser usted, señor Jalonik. Conozco a fondo su carrera y sé que elijo bien.

Levanté la mano como un boxeador que abandona antes de que se produzca el fuera de combate.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—Quiero que asista a mi entierro esta tarde. Creí no haber oído bien.

—¿Qué entierro dice?

—El mío.

Ahora no había lugar a dudas. Quedé un rato en suspenso contemplando más atentamente aquel rostro seco, en el que no se alteraba ni el más pequeño músculo. Pensé que me las tenía que haber con un paranoico, cosa, después de todo, nada extraña entre los que nos dedicamos a la profesión más loca que existe sobre la tierra.

—¿Por qué se va a suicidar, señor? Esto me recuerda que aún no me ha dado su nombre.

—No me voy a suicidar y en cuanto a mi nombre, lo sabrá si acepta mi encargo. Debe darse prisa a decidirse. El entierro se celebrará

dentro de dos horas.

Eché de menos un vaso de whisky. ¡Maldita sea!

Había acabado el último trago de la botella cuando empezó a nevar.

Una nueva idea iluminó mi mente.

—¿Acaso lo va a matar alguien?

En mi pregunta había algo de temor. No por él, sino por mí, ya que si alguien lo seguía para liquidarlo, no me hacía ninguna gracia estar a su lado en el momento que empezasen a llover las balas.

Me miró fijamente y repuso:

—No me pueden matar, señor Jalonik, porque yo ya estoy muerto.

Tuve un sobresalto. Todos los días no se encuentra a un fulano que le dispara a uno, a boca de jarro, que está muerto. ¡Un cadáver viviente! Desde luego, era nuevo para mí.

¿De qué manicomio se había escapado aquel loco? Podía ser peligroso. Esperaba verlo sacar de un momento a otro un cuchillo o una pistola. Siempre he deseado ocupar la primera plana del “Star”, pero no como víctima de un homicidio.

Resolví que debía hablar con mi visitante para ganar tiempo y dar lugar a que se esfumase el peligro en que me encontraba.

¡Santo cielo! Llegué a desear entrase en mi despacho Stephen Ullman. Prefería mil veces su sarta de improperios a estarme allí clavado en la silla, preparado para saltar cuando la agresión se produjese.

—¡Magnífico! —exclamé, alborozado como si me acabase de comunicar que el potro sobre el que yo apostaba acababa de ganar la tercera de Santa Anita.

—No sea necio, señor Jalonik. Estoy en mis cabales. Lo que le acabo de decir es cierta. Le he advertido con anterioridad que se trata de un reportaje único. ¿Viene usted o he de buscar a otro?

No supe por qué lo hice, pero el caso es que abrí los labios, contestando:

—Estoy de acuerdo con usted.

—Sabía que no me defraudaría. Antes de morir me llamaba Van Eckert.

¿Cómo podía corresponder al saludo o presentación de un hombre muerto? Lo razonable hubiese sido responderle: “Habría

tenido mucho gusto en conocerle vivo”, pero de otro modo, tal frase me parecía incongruente, por lo que preferí preguntar:

—¿A dónde vamos, señor Eckert?

—Lo sabrá a su debido tiempo. Hemos de darnos prisa.

Me levanté de la silla, me puse la gabardina y el sombrero y abrí la puerta invitando a Eckert a que me precediese. Debía tomar toda clase de precauciones. No me gustaba la idea de que me trinchase por la espalda.

Mi despacho estaba en el primer piso del edificio y resolví bajar por la escalera para evitar encontrarnos con alguno de mis compañeros.

Hubo suerte. Ganamos la calle sin tropiezo y yo mismo indiqué un taxi que había en una parada cercana. Antes de que llegásemos al coche, Eckert dijo:

—Dele la dirección al conductor. Es el número 322 de la calle 80 Este. Cuando lleguemos, yo me quedaré en el coche. Usted se apeará e irá a una empresa de pompas fúnebres que hay un poco más arriba, en el 328. Me encontrará allí dentro.

Yo tragué saliva mientras abría la portezuela del coche, dejando pasar delante a Eckert.

Quince minutos más, llegábamos a nuestro destino. Al apearme, dirigí una mirada al difunto que se hallaba retrepado en el asiento.

Cerré con fuerza la portezuela, un poco malhumorado.

Durante la carrera había pensado en que mis amigos se estaban divirtiendo a mi costa. No podía ser de otro modo. De todas formas, resolví terminar la broma al objeto de dar con el cerebro que había organizado aquella zarabanda. Prometí arrancarle tres muelas de cuajo.

Mi sombrero se llenó de copos. Anduve unos pasos y llegué al 328 de la calle. Era, efectivamente, una funeraria. La de un tal Tucker.

Subí unos peldaños y me metí en la casa, encontrándome en una habitación no muy espaciosa con un mostrador de madera a un lado. Tras él, había una mesa, una silla y un fichero metálico. A la izquierda, al fondo, observé una puerta que debía comunicar con las dependencias interiores.

No había nadie.

Tosí fuerte un par de veces, pero al cabo de tres minutos continuaba estando solo. Entonces advertí que la puerta referida estaba entreabierta y me dirigí a ella caminando lentamente. La abrí y vi cierto resplandor. Pasé dentro, descubriendo a un lado cuatro candelabros alrededor de un ataúd. La luz era muy difusa y el resto de la habitación quedaba envuelto en sombras. Ni siquiera podía adivinar su profundidad.

Nuevamente me repitió el escalofrío por la espina dorsal, pero cobré ánimos para liquidar el asunto y me acerqué paso a paso al túmulo.

Mi asombro y perplejidad no pudo ser mayor.

El ataúd tenía una tapa de cristal y a través de ella pude contemplar a Van Eckert.

Era el mismo: su mismo pelo, su misma nariz, su misma boca... Únicamente no podía ver el color de sus ojos porque los tenía cerrados.

De pronto, una voz me sobrecogió. Una voz que llegó por detrás de mí. Grave, airada.

—¿Qué hace usted aquí?

Me volví contemplando a un hombre reseco, de mediana estatura, casi calvo, que me miraba con ojos de búho.

—Estuve ahí fuera un rato esperando que me atendiesen —dije, excusándome.

—Debió esperar. ¿Quiere acompañarme?

Estaba deseando salir de aquel lugar y me apresuré a aceptar su invitación. Ya fuera, en el despacho, pregunté:

—¿Es usted Tucker?

—Sí, señor, Ronald Tucker. ¿Qué es lo que desea?

Carraspeé mientras apoyaba las yemas de los dedos sobre el mostrador, a cuya otra parte se hallaba el propietario de la funeraria.

—Es respecto al hombre que tiene ahí dentro. ¿Quién es?

—No acostumbramos dar informes sobre los servicios que prestamos, señor...

—Jalonik, Fred Jalonik —tiré mano de la cartera y exhibí mi credencial, al tiempo que añadía:

—Estoy haciendo un informe sobre cierto individuo que falleció esta mañana.

—Comprendo —murmuró el búho,

meneando la cabeza en sentido afirmativo—. Se llamaba Van Eckert.

—¿De qué ha muerto?

—De un síncope cardíaco.

—Entonces, ¿lo conocía usted?

—No. Vino esta mañana una joven para encargarnos el servicio. Tuvimos que ir al piso de Eckert, donde lo habían encontrado muerto.

—¿Una joven? —repetí—. ¿Acaso pariente del difunto?

—No. Se llama Susan Mason y vive en el 543 de la calle 89, Oeste. Según me explicó, era una simple amiga de Eckert. Ya me entiende. Nosotros vamos a lo nuestro. Todo estaba en orden. La joven nos presentó el certificado médico, fuimos por el cadáver, lo trajimos aquí y terminaremos nuestro trabajo dentro de una hora y media procediendo a su entierro. Lo llevaremos al cementerio.

—Gracias por sus informes —dije, y tras tocarme el ala del sombrero como despedida, salí otra vez a la calle.

Los copos de nieve me acariciaron suavemente la cara, reconfortándome. Lo necesitaba. Ahora estaba seguro de que no se

trataba de una broma. Yo había visto allí dentro, con mis propios ojos, el cadáver de Van Eckert. Miré al taxi que continuaba esperando. Bien, allí estaba la solución del jeroglífico.

Caminé deprisa y abrí la portezuela del coche de un tirón. Fue el tercer asombro en menos de una hora. En el asiento trasero no había nadie.

—¡Eh, oiga! —llamé al conductor.

—¿Qué le ocurre, señor?

—¿Y mi amigo? —pregunté.

El taxista arrugó el entrecejo, retrucando:

—¿Qué amigo?

—¿Quién va a ser? El que venía conmigo en este coche.

—Perdone, señor. Con usted no ha venido nadie. ¿Es que no lo recuerda?

—¡Déjese de pamplinas! —exclamé, airado—. Usted sabe perfectamente que me acompañaba un hombre en esta carrera.

—Lo siento, pero está equivocado. ¿No será que se encuentra usted mal?

—Oiga, compañero —dije con la paciencia de Job—. Mi amigo y yo cogimos este taxi cerca de la redacción del “Star”.

—No, señor. Subió usted solo.

Me invadió una rabia desesperante y en vista de que aquella discusión no arrojaba ninguna luz sobre el asunto, le pedí la cuenta de lo que le debía, le pagué y le ordené que se marchase.

Me puse a andar. Mi cerebro estaba completamente embotado. No sabía lo que me estaba ocurriendo. ¿Qué pensaría, por ejemplo, Ullman, si yo le contase la historia? Sin lugar a dudas, daría orden a la caja de que me abonasen mi último sueldo, despidiéndome de su Redacción. Ni un niño de cinco años creería una palabra de mi relato.

¿Y si fuese yo el loco? Quizá mi sueño de llegar a ser un periodista famoso, me había producido uno de esos extraños complejos que han servido para que los pelicularos ganen la plata a manos llenas.

Tenía que ver a un psiquiatra urgentemente. Quizá la cosa tuviese todavía remedio.

Pero de pronto, me di cuenta de que pasaba algo por alto. Algo muy importante y trascendental. Si todo era creación de mi mente enferma, ¿por qué había imaginado un nombre que en realidad existía? ¿Por qué había dado yo

vida a una persona ya cadáver, a quien yo jamás había visto con anterioridad?

Me detuve con la impresión de que el fantasma de Van Eckert podía tener razón. Podía ser el caso del siglo. Debía continuar. Entonces recordé el nombre y la dirección de la joven que me había señalado el de la funeraria.

Sin pensarlo dos veces, tomé otro taxi y me hice conducir a la casa de Susan Mason.

El encargado del edificio me indicó que Susan Mason se alojaba en el apartamento número 67 y subí. Pero tuve mala suerte. Estuve pulsando el timbre durante cinco minutos sin que me abriesen. Indudablemente, la joven había salido. Salí a la calle, y tras permanecer pensativo durante un rato en la acera, decidí acudir al entierro a que había sido invitado por la propia víctima.

Cuando llegué de nuevo a la funeraria, había un coche a la puerta en el que debían de haber entrado el ataúd de Van Eckert. De uno de los laterales del vehículo, colgaba una corona de camelias de la que pendía una cinta negra con la correspondiente dedicatoria.

No bajé del taxi y le dije al conductor que se

preparase para seguir a aquel en que iba a hacer su último viaje Eckert.

Vi a una mujer hablando con Tucker a la puerta del local.

Era morena y tenía un tipo muy bonito.

La muchacha, a quien concedí la identidad de Susan Mason, terminó de hablar y se metió en un “De Soto”, con la capota echada. Inmediatamente se puso en marcha el coche funerario y los demás iniciamos el desfile tras él.

Llegamos al cementerio y yo decidí esperar en la puerta. Media hora y dos cigarrillos más tarde reapareció la joven.

Yo le corté el paso cuando se dirigía al “De Soto”.

Ahora, así de cerca, pude comprobar que su rostro era muy bello y que poseía los ojos más azules que he visto en mi vida.

—Perdone, señorita Mason. Soy Fred Jalonik, de la redacción del “Star” —me presenté—. ¿Tiene inconveniente en contestarme a algunas preguntas?

—¿Sobre qué? —preguntó ella, enarcando las cejas.

—Acerca de su amigo Van Eckert.

—¿Es que ocurre algo?

Tenía preparada la mentira y la solté a la carrera.

—Al parecer, su amigo llevaba una vida misteriosa. Nuestro director recibió un anónimo en el que se citaban ciertas irregularidades y he sido comisionado para realizar la información.

—Es absurdo —contestó Susan, con cierto tono de enfado—. Van era una persona completamente normal. Y me extraña que ustedes hayan tomado en consideración una carta anónima.

—No tiene por qué preocuparse respecto a nuestras intenciones, señorita Mason. El “Star” no publicará nada que no haya quedado previamente comprobado. Precisamente para eso me he permitido molestarla.

La joven me miró en actitud pensativa unos instantes, como si estuviese sopesando si valía la pena de creer en mí. Finalmente salí vencedor, porque dijo:

—Le atenderé, señor Jalonik, pero creo que este no es lugar para conversar.

Efectivamente, nuestros hombros y nuestros respectivos sombreros estaban cubriéndose de copos. Me invitó a que subiese a su coche y yo le rogué que me esperase para despedir el taxi.

Minutos más tarde me hallaba sentado junto a la joven que conducía su automóvil, de regreso a Nueva York.

—Conozco un sitio donde podremos hablar tranquilamente —dijo.

Pedí al cielo que el lugar a que me llevaba no fuese de los caros, ya que mis ocho dólares no daban para mucho.

Tuve suerte. Era un bar de la calle 70 Oeste, discreto y de precios morigerados.

Nos sentamos a la mesa que había en un rincón. Ella pidió un “Martini” y yo un whisky doble. No reanudamos el diálogo hasta que los hubieron servido. Susan bebió un pequeño trago de “Martini”, indicando a continuación:

—Puede usted preguntar, señor Jalonik.

Saqué los cigarrillos, pero ella rechazó mi invitación y yo encendí uno.

—Desearía, señorita Mason, que me diese una explicación general de cuanto sepa acerca de Eckert.

—De acuerdo —convino ella. Y tras hacer una pausa, prosiguió—: Yo soy la secretaria de Charlie Polo. Quizá haya oído hablar de él.

—Conozco a un Polo que es contrabandista de estupefacientes.

La joven irguió la barbilla, muy ofendida.

—Se equivoca, señor Jalonik. Charlie Polo es el autor de los libros “Triunfe usted en la vida”, “Pase un verano feliz”, “Sea el más chistoso entre sus amigos” y otros muchos más.

Lamenté mi ignorancia respecto a los métodos de triunfar. Tampoco soy chistoso, pero conozco un procedimiento para pasar un verano feliz, aun cuando estaba fuera de lugar que se lo indicase en aquel momento a mi hermosa interlocutora. Por todo ello, buscando su amistad, lo que dije fue:

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo...

—Charlie es el propio editor de sus obras y para su venta en todo el país ha montado una red de agentes perfectamente entrenados que llegan hasta los más remotos lugares. Él descubrió a Van Eckert hace cosa de un par de años en el Bronx, y lo contrató por ver en él magníficas condiciones de vendedor.

—¿Qué hacía por entonces Eckert? — pregunté.

—Vendía una loción para el crecimiento del cabello. Charlie lo observó cuando estaba operando y por ello no vaciló en sumarlo a sus filas. Fue entonces cuando yo conocí a Van. Me fue simpático y creo que también se lo fui a él. Charlie lo envió como agente de ventas a Chicago, donde muy pronto mejoró notablemente la marcha del negocio.

—¿De dónde era Eckert?

—Van venía a la central de Nueva York solamente tres o cuatro veces al año y su estancia duraba a lo sumo, en cada viaje, una semana. Algunas veces me invitaba a comer. En el transcurso de una de estas comidas, se refirió a su pueblo. No recuerdo ahora su nombre, pero sé que pertenecía al Estado de Kansas.

—La pregunta que le voy a hacer ahora, señorita Mason, es muy importante para la información que me han confiado. Tómese todo el tiempo que quiera para contestarme, porque desearía que no me fallase.

—Bueno, pondré de mi parte todo lo que

pueda. ¿De qué se trata?

—¿Vio alguna vez al hermano de Eckert?

Los ojos azules de Susan reflejaron cierta perplejidad.

—¿Su hermano dice? Pero, señor Jalonik, Van no tenía ningún hermano.

—¿Cómo sabe usted que no tenía ningún hermano?

—Porque me habló de ello. Era hijo único. Sus padres murieron cuando él tenía doce o trece años. Lo quiso recoger, un tío suyo, hermano de su madre, pero Van, que en aquel tiempo era un muchacho díscolo, renunció al tutelaje y se vino a Nueva York, en donde se ganó la vida dedicándose a los más distintos oficios.

Aquellas palabras de la joven me produjeron el efecto de una ducha fría. Mi desencanto no podía ser mayor. Había acariciado la idea de que el hermano de Eckert fuese quien me visitara en mi despacho del “Star”.

—¿Me quiere informar ahora de lo relacionado con la muerte de su amigo?

—Es sencillo. Esta mañana subió al apartamento de Van la mujer de la limpieza

para realizar su trabajo como todos los días y al abrir la puerta con el duplicado de la llave que le dio, como siempre, el encargado del edificio, se encontró con el cadáver de Van. Estaba sentado en un sillón del “living-room”. Al pronto, se creyó que estaba dormido, pero al tocarle para que se despertara, el cuerpo se derrumbó. La pobre mujer se llevó un gran susto y salió gritando del apartamento. Acudió el encargado y salieron varios vecinos, entre ellos un médico, un tal Singlenton, el cual después de reconocer el cadáver diagnosticó que Van había fallecido de un síncope.

—¿A qué hora estableció su muerte?

—Entre las dos y las cinco de la madrugada.

—¿Y qué hora era cuando la señora de la limpieza lo descubrió?

—Poco más o menos, las nueve y cuarto.

—Hay una contradicción en todo lo que usted dice, señorita Mason.

La joven abrió aún más sus grandes ojos.

—¿A qué clase de contradicción se refiere?

—Usted dice que Eckert pasaba casi todo el año en Chicago realizando el trabajo para el cual había sido contratado, que se dejaba caer

por Nueva York muy de tarde en tarde y por un período de tiempo muy corto. Sin embargo, me ha hablado usted de un apartamento en el que la señora de la limpieza acostumbra entrar todos los días. Tucker, el de la funeraria, me dio también la dirección del piso de Eckert.

—Se pasa usted de listo, señor Jalonik. Yo no he dicho que Van viviese en el apartamento donde fue hallado muerto. Allí quien vive es Charlie Polo.

Tuve que beber un trago de whisky para evitar la mirada de la joven.

—Explíqueme eso —le pedí.

—Charlie alojaba siempre en su casa a Van cuando venía por Nueva York.

—¿Dónde está su jefe? No pasó la noche en el apartamento. Tampoco lo he visto en la funeraria ni en el entierro.

—Charlie tuvo que marcharse ayer tarde en avión a Denver, Colorado.

—¿Con qué objeto?

Susan dio un suspiro, contestando:

—Necesidades del negocio, señor Jalonik —seguidamente añadió—: Parece usted un policía en lugar de un periodista.

—Tenga en cuenta que me guía en todo esto el deseo de hacer justicia a su amigo.

—Tiene usted una forma rara de referirse a lo de hacer justicia. ¿Acaso cree que ha podido ser asesinado? —sonrió, prosiguiendo en tono de burla—: Es lo malo de ustedes, los periodistas. Quieren buscar los tres pies al gato siempre que se les presenta ocasión.

—Pasemos a otra cosa. ¿Le informaron a usted de lo ocurrido?

—Van comió conmigo ayer al mediodía y nos despedimos hasta hoy. Tenía que acudir esta mañana a la oficina a las nueve para modificar el fichero de Chicago, pero cuando dieron las diez y no había aparecido, telefoneé al apartamento de Charlie. Allí cogió el teléfono el encargado que se encontraba en compañía del doctor y otras personas, y me puso al corriente. Inmediatamente me personé en el piso y me dediqué a prepararlo todo para el entierro.

—Una muchacha muy valerosa. ¿Se lo ha dicho ya a Charlie Polo?

—He llamado esta mañana al hotel en que Charlie se hospeda en Denver, pero no estaba.

En la dirección me dijeron que había salido muy temprano, dejando aviso de que no regresaría hasta la noche.

Apreté el cigarrillo contra el cenicero y volví a la carga.

—¿Eckert venía siempre a Nueva York por las mismas fechas?

—No, de ninguna manera. Sus viajes estaban relacionados con la marcha del negocio, o sea, que nunca estaban previstos de antemano. Lo único que hacía era telefonear notificándonos su llegada.

—¿Cuántos son ustedes en la central de Nueva York?

—Unas cincuenta personas.

Di un silbido. Por nada del mundo me metería a indagar en la vida de los cincuenta seres que vivían a costa de Charlie Polo en nuestra ciudad.

—¿Tenía enemigos Eckert entre sus compañeros? Ya sabe, me refiero a envidias, celos profesionales, etcétera.

—Si usted hubiera conocido a Van Eckert, no haría esa pregunta.

Estaba a punto de decirle que lo había

conocido y hablado con él... después de muerto, pero ¿qué hubiese pensado de mí?

La oí explicar:

—Era el hombre más bueno y generoso de cuantos he conocido. Además, Van tuvo poca oportunidad de relacionarse con el personal de la central, puesto que desde el primer momento fue enviado a Chicago.

Quedé pensativo haciendo un balance de la situación. La información de Susan no había servido para otra cosa que para arruinar las posibilidades de un caso sensacional. No había nada de anormal. Al menos, tal como lo había contado ella.

Hice una señal al mozo y, tras preguntarle a Susan si quería algo más, invitación que rechazó, pedí a aquel la cuenta y la aboné.

Salimos a la calle. La joven ofrecióse para dejarme en la redacción del “Star”, o donde quisiese, pero yo rehusé diciendo que tenía otra cita importante y que podía acudir al lugar de ella a pie. Lo que quería era estar solo.

Nos despedimos con una sonrisa que yo borré de mis labios en cuanto la vi partir en su automóvil.

Eché a andar tratando de aclarar mis ideas, pero cuanto más las barajaba, más confusas me parecían.

Pensé que debía irme a dormir y que al día siguiente, fresco y descansado, podría intentar desenredar el ovillo con mejores posibilidades.

Por desgracia, en cuanto llegué al modesto apartamento en que tenía instalada mi madriguera, sonó el teléfono.

Cuando me llevé el auricular al oído, lo aparté instintivamente al reconocer la voz de Ullman.

—¿Es usted, Jalonik?

—El mismo, jefe.

—¿Qué demonios hace ahí a estas horas? Lo hemos estado buscando por todas partes. ¿O es que ya no trabaja conmigo?

Era su interrogación favorita y no había nada en el mundo que deseara más que el poder contestar algún día mandándole al infierno, pero, mal que me pesase, era mi proveedor. A él debía mi alimento, mi vestido y mi comienzo de úlcera.

—Verá, jefe —respondí, tras un fuerte carraspeo—. Tengo un gran asunto entre

manos. Fui a la Ciudad de las Ostras por lo de Woodward, pero solo conseguí vulgaridades que le hubiesen hecho a usted sonrojar.

—¿Qué me dice? ¿De veras, Fred?

No había cariño en su voz. Ullman era un virtuoso del sarcasmo. Podía yo apostar con toda seguridad los cinco dólares que me quedaban en el bolsillo a que, de un momento a otro, soltaría tal grito que me dejaría sordo para una semana, si no tenía la precaución de permanecer a prudente distancia del micro.

—Puede estar seguro, jefe —contesté, dándole más cuerda—. Un asunto que hará época. No se lo puedo explicar ahora porque está en pañales, pero en un plazo inmediato le aseguro que me regalará uno de esos cigarros que solo guarda para los del Consejo de Administración.

No estaba delante de mí, pero podía ver cómo se le hinchaban las venillas de la frente y se le enrojecía el rostro paulatinamente. Alejé el micro cuanto dio de sí mi brazo, me puse un cigarrillo en los labios con la mano libre y lo encendí. Luego, acerqué la llama al auricular.

Ullman soltó tal rugido que la llama del

fósforo se apagó.

Pasado el peligro, volví a escucharle. Cacé el sermón premonitorio cuando decía:

“—Y métase esto en la cabeza. Si por toda esta noche no consigo el informe sobre la prueba realizada hoy en la casa de Woodward, lo pongo de patitas en la calle... ¡Ah!... y una advertencia... Si sale del “Star”, le prometo que no volverá a pisar la redacción de un periódico en Nueva York...

—De acuerdo, jefe —asentí.

Colgué el receptor y empecé a pasear nervioso por la habitación.

Al final me cansé de andar y de pensar. Lo mejor que podía hacer era meterme en la cama y así lo hice, no tardando en conciliar el sueño. Aunque parezca increíble, no tuve ninguna pesadilla. Es lo bueno de tener la conciencia limpia y los bolsillos vacíos.

CAPÍTULO II

Cuando a la mañana siguiente, poco más o menos a las ocho y media, salí a la calle, encontré esta limpia de nieve y por encima de mi cabeza un cielo azul.

Desayuné en el bar de Sam Faure, cincuenta centavos incluida la propina, y luego me encaminé a la redacción del “Star”.

Me encontré en el ascensor con Jimmy Cook, el ojo derecho de Ullman, quien no dejó pasar la oportunidad de zaherirme.

—¿Cómo va eso, Jalonik? El viejo me ha dicho que haces grandes progresos en el caso del millonario.

Le sonreí enseñándole los colmillos y descendí en la primera planta con la sangre quemada.

Entré en mi despacho, abrí la ventana y respiré a pleno pulmón. Luego me senté en mi sillón giratorio poniendo las piernas encima de la mesa.

Sabía que Cook se apresuraría a anunciar mi llegada al director, y que este no tardaría en aparecer ante mis ojos.

Lo normal en un director de un periódico es que llame a sus empleados a su oficina, pero él era distinto a todos. Le gustaba meter el hocico en todas las ollas y ver lo que se cocía dentro. Sentía un inmenso placer por sorprendernos en el momento más inesperado para, según decía, estimular nuestra inteligencia.

Al fin, oí pasos que se acercaban por el corredor y que se detenían ante mi puerta. Ni siquiera quité las piernas de encima de la mesa. El que yo me sentara de una forma u otra no iba a evitar que Ullman me humillase.

La puerta se abrió y se cerró de golpe, pero quien entró no fue Ullman, sino Rex Harris, teniente de la Brigada Criminal, de mi misma edad, con el que había aprendido a leer en el mismo colegio. La habíamos corrido muchas veces juntos, en nuestra primera juventud, se entiende.

Hacía más de un mes que no nos veíamos. Rex había estado realizando un cursillo de no sé qué demonios en Washington.

Sin que mediase entre ambos ninguna palabra se dejó caer en la silla que había al otro lado de la mesa, y levantó también sus piernas, dejándolas reposar paralelamente a las mías.

Se metió un pedazo de goma de mascar en la boca y después de emitir unos cuantos chasquidos, murmuró:

—Es duro, ¿eh, muchacho?

—Ni más ni menos como siempre —contesté.

—Has perdido la confianza en ti mismo, Fred, eso es lo que te pasa.

—Claro que sí —le dije—, y por eso veo visiones. Ayer tarde, sin ir más lejos, me visitó un hombre que estaba muerto.

—¿Es un chiste? —rezongó—. No tiene gracia.

Me encogí de hombros. Tampoco la tenía para mí, pero ello no podía borrar los hechos.

—¿Por qué no le pides unas vacaciones al viejo? —me preguntó.

—Creo que es de la misma opinión que tú. Solo que él pretende que esas vacaciones sean indefinidas.

—¿Así están las cosas?

—Después de todo, tendré que darle las gracias si lleva a cabo su amenaza. Así podré dedicarme al guion cinematográfico. ¿No te he dicho alguna vez que una gitana me pronosticó me llevaría el Oscar?

—Eres demasiado inteligente para meterte en esa jaula de grillos que es Hollywood. ¿Por qué no te casas? Necesitas alguien a tu lado.

No creí que Rex me quisiese tan mal. Estaba a punto de mandarle al infierno, pero conté hasta diez y me serené.

—¿No me ves a mí? —prosiguió—. Poseo una mujer estupenda y dos chiquillos. Tengo mis quebraderos de cabeza, como todos, pero cuando llego a casa se acaban. Deberías probarlo, Fred.

No creo que abunden las mujeres dispuestas a tener dos hijos en calidad de prueba.

Rex estaba volado aquella mañana.

La puerta se abrió con violencia y un perro pachón se coló ladrando.

—¡Buenos días, Jalonik! —el can se detuvo al vernos a Harris y a mí sentados tan elegantemente.

Rex se apresuró a rectificar su posición, pero yo continué impávido como si quien acabase de entrar fuese el último botones del “Star”, y no su director.

Ullman guardaba sus mejores sonrisas para la policía, igual que

sus cigarros para los capitalistas del periódico. De aquí que mostrase una dentadura publicitaria a Rex al tiempo que le tendía la mano, saludándole.

—¿Qué tal le va, teniente?

—De primera. Aquí he venido a charlar un rato con Jalonik.

Mi nombre tuvo la virtud de convertirlo de nuevo en una fiera sanguinaria.

—Jalonik —repitió, volviéndose hacia mí como si fuera a darme una dentellada.

Sacó su periódico del bolsillo, “El clarín de Nueva York”, nuestro más directo rival, y casi me lo tiró a la cara.

—¡Lea eso, aprendiz!... Enderton ha logrado la versión policíaca de la prueba que se realizó en la casa de la víctima.

Yo eché una ojeada al artículo a que se refería mi jefe y, antes de llegar a la mitad, doblé el diario y lo arrojé al cesto de los papeles.

—Admite su derrota, ¿verdad? —me soltó, dándome un tremendo manotazo en las piernas.

Estuve a punto de caer del sillón, pero logré mantenerme en él gracias a mi agilidad. Entonces pegué un puñetazo en la mesa, al tiempo que me levantaba.

—¡Y un cuerno! —grité fuera de mí—, ¿por qué cree que Enderton logró ese informe? ¡Ahí tiene a Harris! ¡Él se lo dirá!... A estas horas la mujer de un policía podrá comprarse un abrigo de visón.

Mi amigo Rex protestó:

—No sé nada de eso. Llegué anoche de Washington.

—¡No tiene por qué darme razones, Fred! —me atacó Ullman—. ¡Yo soy el director de un periódico! ¡Solo quiero resultados!

—Sin importarle los medios, ¿eh? ¡No cuente conmigo! ¡No soy más tonto que los demás! ¡Conozco mi oficio! Otras veces ha tenido usted prueba de ello, pero ya le he repetido hasta la saciedad que no espere de mí el cohecho o el chantaje para conseguir que su periódico se venda más. El día que me decida hacer lo de Enderton no le necesitaré a usted. ¡Me iré a la redacción de cualquier semanario sensacionalista que escribe sus páginas con vitriolo!...

Había tenido suspensos a mis dos interlocutores durante los segundos en que solté mi discurso. Terminado el cual me dispuse a

desalojar los cajones de mis útiles personales porque me di por despedido.

En eso llamó un tercer visitante a mi puerta, y yo, malhumorado, grité:

—¡Está bien, pase!

Ahora penetró en la estancia el mensajero de una agencia de reparto, vestido con un traje verde y gorra de plato en la que exhibía un ala dorada. En la mano derecha tenía una gran corona de flores y en la izquierda una carta.

Pensé que la corona me la enviaría Jimmy Cook, venenoso como una serpiente cascabel, quien después de darle el soplo a Ullman de mi llegada, estaría celebrando mi cese en la empresa.

—¿El señor Jalonik? —preguntó el mensajero, adelantándose.

Harris y Ullman habían quedado embobados. Fue el segundo quien me señaló con la mano, murmurando con voz apenas audible:

—Él es Jalonik.

El del traje verde me alargó la carta y yo rasgué su sobre sacando un pedazo de cartulina sobre la que habían pegado una hilera de letras recortadas de cualquier periódico. La extraña misiva decía así:

“No quiero flores sobre mi tumba.”

Levanté la mirada, depositándola en la corona. Entonces la reconocí. Era la que había visto en el coche fúnebre de Van Eckert. Una corona de camelias.

CAPÍTULO III

El mensajero inquirió:

—¿Dónde se la dejó, señor?

Tragué saliva y le indiqué la apoyase sobre la pared. Saqué los pocos billetes que me quedaban y le alargué un dólar, interrogándole:

—¿A dónde has ido a recoger esto, muchacho?

—Telefonearon a la agencia para que mandasen a un hombre a recoger la corona y la carta a una esquina de la calle Cuarenta y Dos. Fue hace un rato, a las nueve en punto. Me tocó a mí hacer el servicio. Fui allí y al poco rato de estar esperando, se detuvo al borde de la acera un automóvil negro. El conductor me llamó por la ventanilla y me dijo que cogiese la corona. Estaba sobre el portamaletas. Yo lo hice así y luego me entregó la carta, abonándome el precio del transporte.

—¿Cómo era ese hombre? —le pregunté, ansiosamente.

El muchacho se quedó pensativo y, al cabo de un rato, contestó:

—No se lo puedo decir porque no me fijé mucho y, además, aunque lo hubiese hecho no habría adelantado nada. Tenía el abrigo puesto y el cuello subido. Se cubría los ojos con unos grandes anteojos negros y tenía el sombrero echado hacia adelante. Todo ocurrió muy deprisa. Se desarrolló en menos tiempo del que tardo ahora en contarlo.

Solté una imprecación para mis adentros y dejé marchar al mensajero.

—¿Qué significa esto, Jalonik? —ladró de pronto Ullman, molesto por no entender una palabra de todo cuanto había acontecido entre las cuatro paredes de la habitación.

—Ya lo ve, ¿es que no puedo tener admiradoras que me ofrezcan flores en las horas de trabajo?

—¡No me saque de quicio, Jalonik! Usted se reserva algo —frunció el ceño, espiándome el rostro y prosiguió, arrastrando las palabras—: Usted me habló anoche de un caso sensacional. ¿Tiene algo que ver con él este envío que le hacen?

Me quedé serio un instante, mientras tomaba cuerpo en mi mente la idea de hacerle partícipe de mi secreto.

—Pues, sí, señor Ullman, tiene relación. ¿Sabe quién me la manda?

—¿Quién? —preguntaron a una mis dos acompañantes.

—Un cadáver al que no le gustan las flores.

Hubo un largo silencio en la estancia, en tanto le aumentaba la presión sanguínea a Ullman.

Harris compuso un gesto compungido, lamentando lo que creía una salida mía intemperante.

Las aletas de las narices de Ullman palparon, enrojecieron sus orejas, meneó el firme mentón y, tras tantos preparativos, bramó:

—¡Salga de aquí antes de que ordene lo tiren a patadas!

Pero yo estaba lanzado y martilleé en caliente:

—¡Todavía no he terminado, Ullman!... ¡Le voy a agregar algo de regalo! El hombre sobre cuya tumba debía reposar esta corona y que murió ayer de madrugada me visitó personalmente en este despacho para invitarme a su entierro.

Mi amigo y mi jefe me miraron de una manera extraña. Enseguida me di cuenta de lo que pensaban. Era lo que había temido desde un principio. Yo necesitaba una camisa de fuerza.

—¿Quieres serenarte, Fred? —me dijo Harris, con tono preocupado—. Has trabajado mucho últimamente.

—¡Eso lo dirá usted! —exclamó Ullman—. ¡No ha pegado golpe desde hace más de un año, cuando lo elevé a las alturas con el caso Mac Nally!...

Se refería al asunto que por algún tiempo me dio alguna notoriedad en Nueva York. Con mi solo esfuerzo descubrí un “gang” que se dedicaba a contravenir todas las leyes del Estado. Tuve que jugarle el tipo media docena de veces sin importarme los obstáculos que ciertos caciques pusieron en el camino. Ullman no me ayudó lo más mínimo, limitándose a recoger el fruto de mi trabajo cuando tiré del tapete y mostré al país la corrupción y las caras de ciertas personas tenidas como personajes de las alturas.

El perro pachón era así.

No sé por qué le alargué la cartulina que me había traído el mensajero acompañando la corona.

—¡Lea esto! —y cuando él y Harry lo hubieron leído, agregué—: ¿Por qué demonios no lo han escrito a mano?

—Alguien le quiere tomar el pelo, Jalonik —opinó Ullman con

voz no tan firme como antes.

—Eso pensé yo también al principio, pero todo salió demasiado bien para mantenerlo. El tipo se llamaba Van Eckert. Era un agente de ventas de los libros de Charlie Polo, escritor y editor. Eckert vino hace unos días a la ciudad para resolver una cuestión relacionada con el negocio. Se alojaba en el apartamento de su jefe, en donde la mujer de la limpieza lo encontró ayer muerto. Un médico certificó su fallecimiento por síncope cardíaco sobrevenido entre las dos y las cinco de la madrugada.

—Bueno, ¿y qué? —rezongó Ullman—. ¿Es que no se puede morir un hombre de un síncope? No sé cómo no me da uno cada vez que lo veo a usted.

—¡Muérase por mí! —le grité—. ¡Pero entérese de esto!... Repito una y mil veces que Van Eckert estuvo aquí, en este mismo despacho, ayer por la tarde. Fuimos juntos en un taxi a la funeraria de Ronald Tucker en la calle Ochenta Este. Eckert se quedó en el coche y yo entré en la funeraria... ¡vi su cadáver! ¡El de Van Eckert!... Metido en un ataúd... Cuando, regresé al taxi, en el asiento trasero no había nadie. Le pregunté al conductor y, ¿sabe qué me contestó?

—¿Qué? —jadearon simultáneamente los dos miembros de mi auditorio.

—Que yo había hecho la carrera solo desde la redacción del “Star” hasta aquel sitio.

—¿Lo ve? —dijo Ullman, triunfalmente—. Todo ha sido un sueño de usted. Está enfermo. Otros antes que usted han padecido del mismo mal. Es una especie de neurosis. No soy doctor, pero puedo asegurárselo... Eso le ocurre porque tiene complejo de culpabilidad. ¿Se da cuenta de que durante el último año ha hecho muy poco en favor mío? No ha correspondido a las esperanzas que deposité en usted cuando lo ascendí en la redacción y le confié los mejores asuntos que pasaban por mi mesa.

—¡Cierre el pico! —le disparé, después de haber escuchado la serie de majaderías—. No voy a estar ni un minuto más a su lado, señor Ullman... ¡Ni aunque me pagase el doble de mi sueldo!

Desde luego, era una mañana movidita. Dieron tres golpes en la puerta y estuve a punto de apostar a que sería mi sastre. Le debía mi último traje de primavera y estábamos en noviembre. Yo mismo

crucé la estancia en tres zancadas y abrí de un tirón, encontrándome en el umbral con Susan Mason.

—¿Qué tal, señor Jalonik? —me saludó, sonriendo.

—Adelante, señorita Mason —y cuando entró hice caso omiso de los otros hombres que había conmigo y le pregunté—: ¿Cuál es el motivo de su visita?

—Es respecto a Van Eckert.

Me di cuenta de que aquel nombre hacía que los cuellos de Ullman y Harris se estirasen para captar la onda.

—Lo recordé anoche, señor Jalonik —murmuró la hermosa joven, como si tratase de disculparse.

—¿Qué es lo que recordó? —le animé a proseguir.

—Quizá no tenga importancia, pero... será mejor que se lo diga. Anteayer, cuando Van me invitó a comer, después de terminar los postres, me dijo que tenía una idea que valía medio millón de dólares.

Al oír la cantidad, Ullman se quedó de muestra.

—¿A qué idea se refería? —inquirí, sintiendo que los latidos de mi corazón aceleraban su ritmo.

—No me lo explicó, y yo, naturalmente, no le pregunté al respecto...

—Comprendo.

Ullman tosió fuerte y yo hice las presentaciones. Mientras se estrechaban la mano, paseé nerviosamente por la habitación. De repente me acordé de algo.

—¿Consiguió establecer contacto con su jefe, señorita Mason?

—Sí —me contestó—. Charlie Polo está al corriente de lo ocurrido. Me dijo que hoy saldría de Denver para Chicago. Ahora será necesaria su presencia allí, al objeto de que aquel negocio no quede afectado por la muerte de Van.

—Muchas gracias, señorita Mason —le dije, tendiéndole la mano como despedida—. Tenga la seguridad de que el “Star” sabrá valorar la cooperación que hemos encontrado en usted.

Susan sonrió a todos y se marchó.

Apenas hubo cerrado la puerta, Ullman dio un bufido.

—¿Desde cuándo se irroga usted la representación del “Star”, señor Jalonik?

—No diga bobadas. Tuve que emplear una pequeña treta para

conseguir que esta joven, la secretaria de Charlie Polo, me informase sobre Van Eckert. No se preocupe. En ningún momento me hice pasar por usted. Antes me tiraría desde la antorcha de la Estatua de la Libertad. ¡Ya me voy, viejo!

—¿A dónde va? —me preguntó él, no tan excitado como yo había previsto después de oírme.

—¡A Chicago! No soltaré este caso de la mano ni aun cuando me ofreciese la corresponsalía en París. ¿Sales conmigo, Rex?

Cogí la gabardina y el sombrero, y me dirigí resueltamente hacia la puerta. Ullman gritó:

—¡Espere!

Giré la cabeza con las cejas arqueadas, y él, entonces, costándole mucho y tragando saliva, me anunció:

—Irá a Chicago por cuenta del “Star”. Me interesa que aclare usted el caso de ese Van Eckert, si es que realmente existe algo confuso. Vaya a caja dentro de media hora. Telefonaré para que le provean de dinero.

No quise acentuar su humillación. Me limité a emitir una afirmación de conformidad y le abrí la puerta para que saliese con el rabo entre piernas.

CAPÍTULO IV

Todavía no habían retirado la placa de la puerta. Era una placa metálica en la que se podía leer: “Van Eckert. Libros de Charlie Polo”. En el mismo borde de la hoja había otro letrero en sentido vertical que decía: “Empuje usted”.

Empujé y pasé al interior, encontrándome en una habitación donde había un mostrador, tres mesas, varias sillas, tres archivadores metálicos y dos mujeres. Una rubia y una morena.

Siempre he preferido las rubias, de modo que me dirigí a esta.

La saludé y ella me replicó con una voz dulce, cálida:

—Buenos días, caballero. ¿Qué podemos hacer por usted?

Podía hacer mucho por mí, pero yo estaba en acto de servicio y lo que le contesté fue:

—Desearía hablar con el señor Eckert.

—Su nombre, por favor.

—Sócrates Parapaulos.

Me miró, enarcando las cejas, y yo le sonreí modestamente, agregando:

—Ya sabe, de los Parapaulos de Boston. Nos dedicamos a la pesca del bacalao desde hace tres generaciones.

Ella afirmó con la cabeza y me preguntó:

—¿Motivo de su visita?

—He prometido regalar una biblioteca a una sociedad filantrópica de Boston y quiero comprar quinientos kilos de libros de Charlie Polo.

La rubia me miró ahora como si yo fuese el primer marciano que pisara la tierra. Se levantó y rogóme que esperase. Se metió por una puerta del fondo en la que había clavada una palabra: “Dirección”.

Reapareció un minuto más tarde y me dijo:

—Lo recibirá el propio Charlie Polo. ¿Quiere pasar?

Charlie Polo frisaba en los cuarenta y cinco años de edad y era de mediana estatura, robusto, de ojos verdosos muy brillantes y boca de batracio. Se embutía en un traje de paño caro y en la mano derecha mostraba un pedrusco de dos mil dólares.

Tras cambiar un apretón de manos se sonrió, invitándome a que me sentase.

—Es usted muy gracioso, señor Parapaulos.

—¿Usted cree?

—Me refiero a la forma original en que realiza su compra. Los libros no se venden por kilos, sino por ejemplares.

—Es cuestión de apreciaciones. Prometí dos toneladas de papel a los de la Sociedad que patrocino. Me recomendaron al señor Eckert. ¿No está él?

Polo sonrió, contestando:

—El caso es que Eckert ha muerto.

—¿Muerto? —repetí como un eco, poniendo cara de asombro.

—Una desgracia. Era mi mejor agente de ventas. Falleció hace dos días en Nueva York a consecuencia de un síncope cardíaco. Por eso he venido yo a Chicago. No podía dejar que la máquina se herrumbrase.

—Es una pena. La muerte nos aguarda a la vuelta de una esquina. Todo consiste en tirar por otra calle para evitarla.

—¡Magnífico! ¿Me permite que tome nota de ese pensamiento?

Le dije que sí, imaginándome que muy pronto daría a luz un libro titulado: “Muérase contando chistes a sus familiares”.

Tras aquel preámbulo, fuimos al negocio. Polo me comunicó que había escrito treinta y siete obras sobre temas variados de psicología aplicada, pero que algunos de ellos estaban agotados por lo que había ordenado recientemente su reimpresión. Le contesté que me interesaba todo el lote y que en tal caso esperarí, para hacer la operación, a que las nuevas ediciones se terminasen. Se mostró conforme, diciendo:

—Yo estaré todavía una semana como mínimo en Chicago. Luego me iré a Nueva York. Es preferible que se ponga en contacto conmigo allí.

Me entregó una tarjeta y nos despedimos acompañándome hasta la puerta.

Cuando cruzaba el corredor que precedía a la salida, dirigí una mirada cariñosa a la rubia y le guiñé un ojo.

En la calle me senté en el coche que había alquilado a mi llegada a la ciudad, y esperé pacientemente.

Faltaban unos quince minutos para la salida de los empleados y, cuando ese tiempo transcurrió, no aparté la mirada de la puerta del edificio en que se ubicaba la oficina que había visitado.

Salió la morena y la dejé ir. Luego apareció la otra y puse el coche en movimiento. Me acerqué al bordillo de la acera y ella me descubrió. Le sonreí al tiempo que echaba el freno, y ella se detuvo también.

—Puedo dejarla donde quiera —ofrecí, saliendo por la portezuela.

No hubo intercambio alguno de palabras. Se coló dentro, yo di la vuelta y me puse de nuevo ante el volante, pisando embrague.

—Es la primera vez que vengo a Chicago —le dije—. ¿Me puede recomendar un buen restaurante?

—Siga adelante —me respondió—, y doble por la primera transversal de la derecha. Lo de Mike Mate está de moda.

—Naturalmente, me permitirá que la invite.

—Bueno, si usted se empeña...

Como había previsto el restaurante era de los caros. Y era lógico que mi rubia me hubiese llevado allí. Debía imaginarse que yo era el rey del bacalao.

Nos sentamos a una mesa y ella pidió el plato más caro de la casa, pero yo no me quedé muy atrás. Un día era un día y hacía tiempo que no comía en grande.

Mientras traían el menú pedimos sendos “Martinis” y empezamos a hablar. Se llamaba Margo Spinelli y había nacido en un pueblo de Illinois en donde había sido elegida “Miss” dos años antes. El concurso estaba patrocinado por una empresa de espectáculos de Chicago que la trajo a la ciudad para convertirla en *vedette*, pero no tuvo suerte. El capitalista del negocio prefirió a una pelirroja para el papel y Margo no se conformó con ser una simple figurante del conjunto. Iba a volver a su pueblo cuando se cruzó en su camino Van Eckert. Se conocieron a la entrada de un cine. Ella tropezó con él y hubo disculpas mutuas. Luego resultó que sus butacas eran vecinas. Un comienzo de novela rosa. Del cine fueron a un salón de baile, donde él le ofreció un cargo en las oficinas de Charlie Polo.

Cuando acabó el relato, yo insinué:

—Habrás sentido usted mucho la muerte de Eckert.

—Hasta cierto punto. Estuvo saliendo conmigo solo durante un mes. Yo esperaba que de un momento a otro me pidiese en matrimonio y de pronto...

Bebí un trago del “Martini” como si no me importase la cosa y, después, murmuré:

—¿Qué pasó?

—Eckert empezó a portarse de un modo raro. Abandonaba el despacho a las horas de trabajo, cosa muy irregular en él. Apenas hablaba conmigo, tratándome siempre como a una empleada.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hará un par de meses. Lo noté preocupado.

Se me ocurrió una idea y la solté.

—Charlie Polo ha dicho que Eckert murió de un síncope en Nueva York hace dos días. Eso guarda relación con lo que usted observó. Probablemente se sintió mal y acudió a un doctor el cual le dijo que su corazón no marchaba del todo bien. Naturalmente, tal noticia es como para preocupar a cualquiera.

—No lo crea.

—¿En qué se basa para pensar que existían otros motivos?

—Le llamó una mujer dos veces durante la última semana que estuvo aquí. En ambas ocasiones me hallaba en su despacho mientras dictaba cartas comerciales. La primera vez contestó con monosílabos y apenas noté emoción en su rostro, pero en la segunda me di cuenta de que su voz se hacía temblorosa.

—¿Quiere decir que sintió miedo?

—Algo así. Me extrañó mucho en él. Eckert no era un pusilánime. Para vender libros se necesita cierta audacia y, sobre todo, una voluntad de hierro.

—¿Qué día celebró esa conversación telefónica? —pregunté y para paliar mi curiosidad añadí—: Soy un fanático de las novelas policíacas.

Margo me miró fijamente, respondiendo:

—La víspera de su marcha a Nueva York. Hace seis, exactamente. Y le diré otra cosa, señor Parapaulos. Eckert se marchó de improviso a Nueva York. Tenía pensado ir el mes próximo y de repente cambió sus planes.

—Usted sugiere que no lo llevó a Nueva York el negocio de Charlie Polo...

—Estoy segura de ello.

Sonreí y dije:

—Desde luego, sería todo muy emocionante si Van Eckert no

hubiese fallecido de un síncope.

Ella no hizo comentario alguno y en aquel instante el camarero trajo los platos que esperábamos.

Comimos ambos con mucho apetito y cuando liquidé la cuenta, con un buen golpe a los fondos de que me había provisto el cajero del “Star”, salimos y nos metimos en el coche.

La llevé a la oficina y me despedí de ella diciéndole que había pasado un gran rato a su lado.

Luego me fui a la delegación del “Chicago Tribune” donde trabajaba Rock Allan, un viejo amigo. Me recibió con un abrazo y nos hicimos todas esas preguntas que son costumbre hacer cuando dos personas se encuentran. Terminada la rutina, le dije que necesitaba la dirección de un tal Van Eckert, alegando que se me había perdido.

—¿Qué tiene que ver ese Van Eckert contigo? —me preguntó.

—Nada en absoluto —contesté—. Se trata de que una hermana suya que vive en Nueva York me rogó lo saludase en su nombre.

Allan me miró con el entrecejo fruncido.

—¿Y has venido a Chicago solamente para eso?

—No seas idiota —le contesté—. Me he dejado caer por aquí para hacer un reportaje sobre vuestro parque zoológico.

No debió gustarle mucho mi respuesta, pero hubo de conformarse. Marcó un número, habló un rato y luego colgó, diciéndome:

—Avenida Michigan, 178, apartamento 94.

Le di las gracias y abandoné la colmena del “Chicago Tribune”, dirigiéndome seguidamente en el coche al lugar donde había vivido Van Eckert.

Era un edificio de ladrillo rojo construido en la década del treinta. Procuré que el encargado no me viese al entrar y lo conseguí. Calculé de acuerdo con el volumen del edificio que el apartamento 94 debía de corresponder a la sexta o séptima planta y apreté el botón del ascensor correspondiente a la última de ellas. Pero me equivoqué. Era la octava. Tuve que subir un tramo de peldaños.

El corredor estaba desierto y me interné por él tan suavemente como lo pudiera hacer un gato. El noventa y cuatro estaba situado en el vértice de una L. Me detuve, comprobando que continuaba

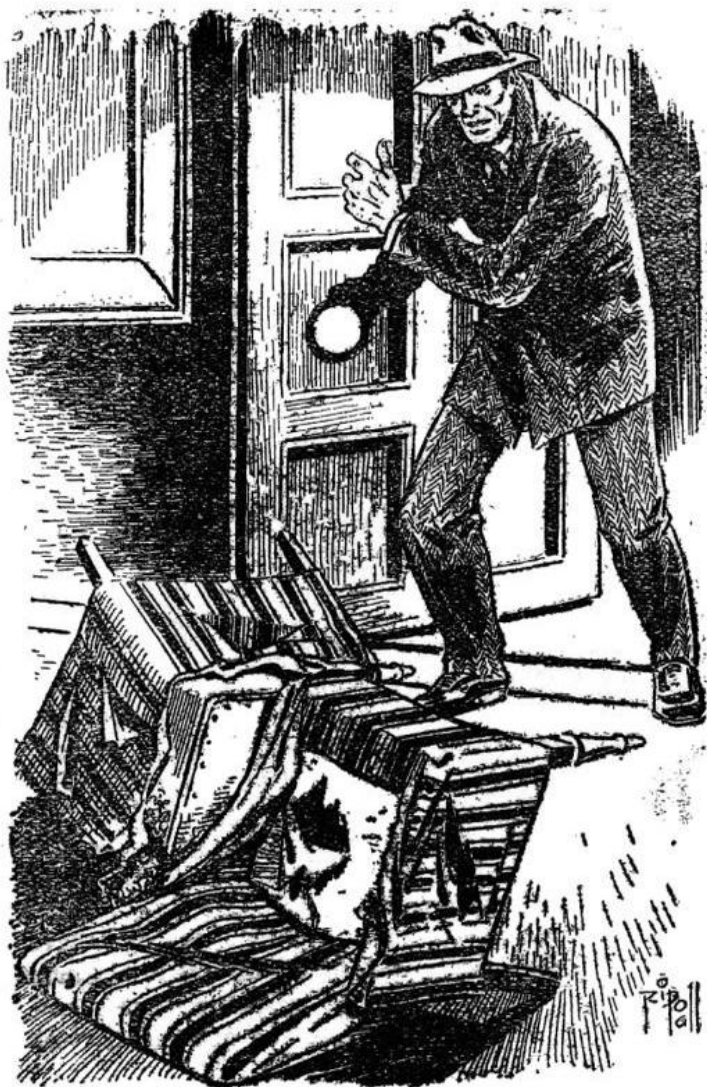
solo, y saqué un llavero del bolsillo donde tenía una ganzúa. Fue coser y cantar abrir la cerradura y colarme dentro. Estaba oscuro y hube de encender la luz.

Ya no me podía sorprender nada y por ello no me emocioné al ver que los muebles del *living-room* estaban despanzurrados. Habían rasgado los asientos en busca de algo. Pasé al dormitorio. Allí todavía había más desorden. Había un par de trajes con los forros rasgados, maletas destrozadas, zapatos convertidos en trizas de cuero, sombreros inservibles...

Desde luego el que había entrado en busca de lo que fuese trabajó a destajo. Al parecer, sus esfuerzos resultaron infructuosos.

Naturalmente, yo no podía tener éxito donde él había fracasado, si se tiene en cuenta de que no sabía lo que debía buscar. Pero aquello era la prueba más tangible, desde que a Eckert se le ocurrió invitarme a su entierro, de que el caso merecía la pena.

Regresé al *living-room*. Un hombre había entrado mientras yo estaba en el dormitorio y se apoyaba en la pared, junto a la puerta, mirándome con fijeza.



Aquello era la prueba más tangible...

CAPÍTULO V

El desconocido frisaba en los cuarenta años de edad y era alto, moreno, de ojos saltones, nariz chata y cuello muy largo. Se cubría con una gabardina tornasolada y un sombrero verdoso.

—¿Qué tal? —farfulló.

Noté que tenía las manos metidas en los bolsillos de la gabardina y que uno de estos, el derecho, abultaba demasiado para esconder solo un puño.

—Perfectamente —contesté—. Soy el vecino de al lado. Esta noche oí ruido de ratones y decidí pasar ver lo que ocurría. ¿Se ha fijado usted? Mire cómo le han puesto la habitación a Eckert.

—Qué lástima, ¿verdad?

—Ahora mismo me voy a la dirección de Sanidad Pública para comunicarles lo ocurrido —repuse y me dirigí resueltamente hacia la puerta.

El sacó entonces el chisme y me apuntó.

—No sea tonto, prójimo. Quédese donde está.

Había alegado una razón de peso y me quedé inmóvil como si fuese a fotografiarme.

—No le entiendo —repliqué—. Si es usted el administrador del edificio, le aseguro que yo no he hecho esto. Solo utilizo el cuchillo para cortar el pan.

—Está bien de chistes este año —rezongó, sonriéndome aviesamente.

—Me gano la vida haciéndoselos a Bob Hoppe. Pero no crea que da para mucho. Todavía no he pagado el último plazo del automóvil.

El fulano levantó la pistola antes de que pudiera impedirlo y me asestó un culatazo en la barbilla.

Sentí un terrible dolor y me derrumbé en el suelo. Entonces me pegó una patada en el riñón y yo boqueé dando vueltas.

—Levántese, Jalonik.

Me incorporé lentamente y lo miré ceñudo. El gorila sabía mi nombre. Ello quería decir que estaba enterado de todo lo que me concernía.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—No le importa. Al fin y al cabo, a donde va a ir no lo va a necesitar.

Nunca me han gustado las amenazas de muerte y tampoco entraba en mis cálculos marcharme de este mundo ahora que el caso de Van Eckert empezaba a cobrar interés.

—¿Qué le pasa, muchacho? —dije—. Acabo de llegar a la ciudad.

—Y la va a abandonar inmediatamente.

Puso un silenciador en la pistola con suma destreza, sin dejar de apuntarme y levantó el arma unas pulgadas.

Pegué un salto y la bala que salió tras un ronquido me rozó la sien derecha, quemándome la piel.

Mi cuerpo chocó contra el suyo y rodamos sobre el piso. Era más fuerte que yo, pero en aquel instante hubiese vencido a tres como él. Le hundí un codo en el estómago y, cuando levantó la cabeza para respirar, lo fulminé con un izquierdazo.

Le quité la pistola y me puse en pie contemplándole. De buena gana le hubiera aplastado la nariz con el zapato, pero preferí esperar a que volviese en sí para iniciar la fiesta. Entretanto me conformé con quitarle la cartera.

Tenía un carnet de conductor, avalado por el Sindicato de Transportes. Se llamaba Dan Simmons, soltero, de treinta y cinco años de edad, domiciliado en la calle 190 Este.

Me senté en uno de los destripados sillones, encendí un cigarrillo y para entonces mi prisionero recobró el conocimiento. Se incorporó sin que yo se lo ordenase y quedó mirándome con el labio inferior colgante.

—¿Qué va a hacer, Jalonik?

—¿Qué te figuras tú? —le pregunté.

—No me mate. Se convertirá en un asesino.

—No me digas. ¿Piensas que me van a encerrar por ello? Esta pistola es tuya. Tu torpeza convierte tu muerte en un caso de legítima defensa. Apuesto que eres un tipo de malos antecedentes. Yo soy un periodista que realiza su misión. No lo dudes, Simmons. Si te vació el cargador en la barriga, el jurado me absolverá y los de la policía me tenderán una mano por haberte quitado de en medio.

Dan se encogió con el miedo metido en los huesos.

—Yo no le puedo decir lo que usted quiere, señor Jalonik.

—¿Cómo sabes lo que yo quiero?

—Me figuro que está relacionado con estos muebles.

—Qué listo eres. Venga, suéltalo ya.

—Le repito que no sé nada. Esta mañana me llamaron por teléfono a casa. Me dieron las señas de usted. Me dijeron que llegaría en el avión de Nueva York de las diez y media, que lo siguiese y que si aparecía por el apartamento de Van Eckert, Avenida Michigan 178, lo liquidase.

—Supongamos que te creo el cuento. ¿Quién fue el que te dio el encargo.

—Un camarero del “Club 21”.

—¿Cómo se llama?

—Jack Temple.

—¿Quién es ese sujeto?

—Se trata de un simple amigo. Me debe algunos favores.

—¡Ya! Y ahora, como tú estás cesante, te los hace él a ti. Hay que eliminar a alguien y te confía el asunto como si se tratase de una operación comercial.

—No tiene nada que temer de mí, Jalonik. Al yo fallar el golpe, soy hombre muerto si me quedo en Chicago. Tengo que salir de la ciudad enseguida.

Podía entregarlo a la policía, pero ello me proporcionaría serios inconvenientes. Declaraciones, justificación de mi presencia en el piso de Eckert y después un lío de los grandes, si tenía que contar de qué forma me había metido yo en aquel jaleo. Así, pues, decidí correr el albur.

—Está bien, Simmons. Hoy es tu día. Te voy a dejar marchar.

El forajido sonrió, enseñándome unos dientes manchados de nicotina.

—Gracias, Jalonik; no se arrepentirá.

—Si vuelvo a ver tu hocico durante mi estancia en Chicago, te prometo que no habrá indulto. Anda, lárgate.

—¿Me da la pistola?

Negué con la cabeza, murmurando:

—No, compañero; me la quedo como un recuerdo tuyo. Es lo malo de ser un sentimental.

Dan se marchó y al cabo de un minuto abandoné yo el apartamento. Salí a la calle mirando a un lado y a otro por si acaso

el gorila se había escondido en algún sitio para repetir el golpe, pero no encontré rastro de él.

Ahora todo marchaba de primera. Subí al coche y me fui al “Club 21”. Estaba cerrado. Era un local nocturno.

Como no tenía nada que hacer me dirigí al hotel en que me había alojado a mi llegada a la ciudad y saqué mi equipaje, cancelando la cuenta. No podía continuar allí sin exponerme a que me visitase muy pronto otro tipo como Simmons. Tenía que aprovechar aquella pausa de tranquilidad para buscar otro refugio. Lo encontré en un hotel de tercera categoría, situado en una calle estrecha de la parte norte de la ciudad. Se llamaba “El Corsario”, y lo escogí leyendo los anuncios clasificados del periódico. Iba bien con la labor que yo había de realizar en Chicago.

Tomé la precaución de no inscribirme con mi nombre, sino con el de Suss Andes. Me acosté no más encontrarme en la habitación, de muy pobre aspecto, y dormí como un bendito hasta la noche.

A las ocho salí a la calle, me metí en el coche que había dejado aparcado dos manzanas más arriba de la de mi nueva residencia y fui a devolver el vehículo.

Había dado mi verdadero nombre en la agencia y no quería que la policía me siguiese la pista si las cosas se me torcían.

Eran las diez cuando traspasaba el umbral del “Club 21”. Me encaminé directamente a la barra y tomé asiento en un taburete.

El local no era ni más ni menos, que como otro de su género. El consabido círculo central, las mesas a su alrededor, la orquesta en el escenario y las alegres chicas dispuestas a vaciar los bolsillos de los clientes despistados.

Uno de los *barmans*, un hombre fino, de bigote recortado y mirada hipnótica me preguntó lo que deseaba tomar. Le dije que un whisky y, cuando me lo sirvió le pregunté lo que le debía y agregué al dólar de la consumición otro de propina. Se convirtió en jalea y entonces le solté que quería hablar con Jack Temple.

—Es el que lleva el número 5 —me contestó.

Me volví hacia las mesas y al cabo de un rato de examinar a los camareros logré dar con mi hombre. Era alto, de unos veintisiete o veintiocho años de edad, cabello negro aplastado y ojos chispeantes. Estaba sirviendo una mesa ocupada por cinco chicas y otros tantos muchachos.

Tenía que esperar una ocasión y como el vaso estaba vacío, pedí que lo llenasen de nuevo. Encendí un cigarrillo y dejé pasar el tiempo.

De pronto, unas manos suaves me cogieron por cada hombro, impulsándome para que diese media vuelta.

Cuando lo hice, una boca se unió a la mía. Fue un beso sencillo, corto, pero cosquilleante. Cuando la boca femenina se separó de la mía observé a la joven que la había tomado conmigo.

Tendría unos veinte años y era morena, de cara muy bella y cuerpo perfecto. Se cubría con un traje de noche de escote generoso y muy ceñido.

—Hoy no es mi cumpleaños —le dije—, pero puedes repetir, ricura.

—Tengo bastante con uno —me contestó—. Es todo lo que yo quería.

Sonrió abiertamente y se marchó en dirección a la mesa que era atendida por Temple. Escuché la voz del *barman* que me decía:

—Es usted afortunado.

Lo miré, preguntándole:

—¿Sí? ¿Por qué?

—Es Debbie Kelly, la hija del millonario.

—¿Se refiere a John Kelly, el de las carnes?

—El mismo. Leí en un periódico recientemente que se le calculan treinta o cuarenta millones de dólares.

—Y supongo que su hija es la oveja negra del matadero.

—No lo crea. Es una muchacha a quien le gusta mucho la diversión, pero de lo otro, ni hablar.

Aquello empeoró las cosas. No me gusta que se divierta nadie a mi costa.

Vi a Temple descansando de sus idas y venidas y creí llegado el momento de abordarle. Se hallaba junto a la puerta que comunicaba con las dependencias de la cocina y me dirigí a él con el vaso de whisky en la mano.

—¿Cómo va eso, Jack?

El camarero me miró componiendo un gesto de perplejidad.

—Le extraña que esté vivo, ¿verdad? —murmuré, como si estuviese hablando del tiempo.

—Perdone —me dijo—. No sé quién es usted, caballero.

—Déjese de cuentos. Debió darle una descripción exacta a su amigo Simmons. Usted sería capaz de reconocermé entre los cincuenta mil espectadores de un partido de *base-ball*.

Temple tragó saliva, no muy seguro de lo que yo pudiera hacer.

—No conozco a ningún Simmons —insistió estúpidamente.

—Bien, pero ahí va eso. Le estaré esperando dentro de quince minutos en el callejón que hay abajo. Sabe a cuál me refiero. Al entrar en el club observé los alrededores. No me falle o lo sentirá.

Antes de que pudiera replicar con una nueva evasiva, giré sobre mis talones y regresé a la barra. Cuando dirigí una mirada al lugar donde había hablado con él, se había ido.

Minutos más tarde, recogí del guardarropa el sombrero y la gabardina y salí fuera, dirigiéndome al callejón donde había citado a Temple.

Estaba condenadamente oscuro y busqué acomodo junto a la puerta cerrada de un almacén, desde donde podía ver la entrada del pasadizo alumbrada débilmente por los resplandores de los luminosos más cercanos.

Consumí un cigarrillo antes de que Jack apareciese difuminado entre sombras. Salí de mi escondite para que me viese y acudió rápidamente a mi lado.

—¿Qué quiere, Jalonik?

Solté una risita de falsete.

—De pronto se ha acordado de mí, ¿eh? ¡Estupendo! Empezaba a temer que tendría que echar mano a otros procedimientos para aclararle la memoria. ¿Por qué le encargó a Simmons que me liquidase?

Temple carraspeó, arrojando un chorro de vaho por la boca. En aquel callejón hacía mucho frío.

—Me mandaron las instrucciones por escrito.

—¿Quién?

—No lo sé.

Dejé correr unos segundos y de súbito le pegué un puntapié en la espinilla.

Jack lanzó un aullido y fue a golpearme con el puño, pero yo le enseñé la pistola que había quitado a mi verdugo.

—Va a ser un chico obediente, Temple —le advertí—. Estoy cansado de ir de un lado para otro tratando de encontrar un rayo de

luz en este maldito asunto. Simmons dijo que no sabía nada. Usted asegura lo mismo. ¿Quién cree que soy? Métase esto en la cabeza. Esta arma tiene silenciador. Le pegaré un tiro y me marcharé de aquí sin el más ligero remordimiento de conciencia.

El camarero del “Club 21” movió las manos nerviosamente, mientras en su rostro se reflejaba un gesto de preocupación.

—No puedo, Jalonik. Me matarán.

Era lo mismo que me había soltado Simmons y le había valido la libertad. Al parecer, si uno de aquellos tipos fallaba un asunto estaba destinado a ser sacrificado.

—Me importa un rábano lo que dice, Temple. Lo mataré yo y así no tendrá necesidad de huir de sus amigos... ¡Prepárese!

Formulé la exhortación en tono tan ronco, que Jack debió ver en mis ojos la intención de matar. Por ello gritó:

—¡Espere, Jalonik! Se lo diré, pero ha de protegerme... Acompañeme al F.B.I.

—Abra el grifo. No quiero competidores. ¡Empiece!

—Se trata del plano secreto de un proyectil teledirigido.

—Soy mayor de edad, Temple. Nada de fantasías interplanetarias.

—Tiene que creerme, se lo juro. Sacaron el microfilm del Pentágono e hicieron una copia. Luego devolvieron al archivo el original.

En ese instante sonó un suave estampido. Algo así como el escape de un motor.

Temple se estremeció, abrió unos ojos desmesurados que se me clavaron en el alma y, por último, se desplomó emitiendo un estertor.

CAPÍTULO VI

Sonó otro estampido y la segunda bala pasó muy cerca de la punta de mi nariz, picoteando la pared. Me apreté contra la puerta metálica del almacén, al tiempo que miraba hacia el fondo del callejón, donde habían brillado dos fogonazos.

Apreté el gatillo, disparando contra los asesinos.

Uno de ellos gritó, señal evidente de que, al menos, uno de los proyectiles había dado en el blanco. Luego, sin esperar un segundo más, salí de allí a todo gas, aprovechando el desconcierto que habría cundido entre los atacantes.

Desemboqué en la calle del “Club 21”, y de pronto sentí ruido de pasos a mi espalda. Vi un coche que se apartaba del bordillo de la acera, y, cuando pasaba a mi lado tomando velocidad, abrí la portezuela y me colé dentro.

—Pise a fondo el acelerador —ordené.

Entonces me di cuenta de que era Debbie Kelly quien se sentaba al volante.

Obedeció sin replicar, y en pocos minutos estuvimos muy lejos del lugar de la refriega, percatándome por el espejo retrovisor de que no éramos seguidos.

Cuando recobré la serenidad, me di cuenta de que conservaba la pistola en la mano. No pude por menos que sonreír, ya que entonces comprendí por qué la hija del rey de la carne se había mostrado tan sumisa.

—Siento lo del beso —rompió el silencio ella con voz temblorosa—. No sabía que lo iba a tomar usted tan mal. Fue una apuesta que hice con mis amigos. La perdí y ellos pusieron el precio. Tenía que besar al primer hombre que encontrase en la barra del club...

Su explicación me causó más dolor que el culatazo de Simmons. Siempre he aborrecido a las niñas podridas de dinero que entretienen sus ratos de ocio con las más extravagantes ocurrencias. Debbie Kelly era un ejemplar de esa fauna.

—Deténgase cuando quiera —le indiqué—, creo que podrá continuar sola hasta su casa.

Ella me preguntó:

—¿De quién huye? No tiene cara de asesino.

—No se fíe nunca de las caras. Apenas dicen nada. Puedo ser un criminal peligroso.

—No lo creo. Si lo fuese, no lo diría.

Me miró un instante y yo chasqué la lengua, hundiéndome en el asiento.

—Puedo decirle quién es usted —añadió.

—¿De veras? —repliqué—. Adelante, dígame quién soy. Yo no he podido conocerme en los últimos veintiocho años de mi vida.

—Tendré que someterle a un “test”. Soy licenciada en psicología.

Sus palabras me hicieron recordar a Charlie Polo. También él estaba metido en asuntos de psicología aplicada.

Me encogí de hombros y seguí la broma.

—Dibújeme mentalmente un pueblo —me pidió—, pero hágalo rápido.

—Un camino que serpentea en una montaña. En lo alto de esta, hay casas muy blancas pegadas unas a otras. Tienen techos con tejas. El sol se está poniendo.

—Ya basta —me interrumpió—. Está describiendo un pueblo italiano o español.

Era cierto. Mi descripción correspondía a un pueblo italiano que recordaba de mis tiempos de guerra en Europa.

—Carece usted de profundidad —afirmó—. Solo le interesan las cosas superficiales. Si fuese un hombre de acción se dedicaría a los seguros y si sus preferencias estuviesen por la literatura sería periodista.

La miré con más respeto.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión? —quise saber.

—El bosquejo del pueblo. No figura en él nada que pudiera dar algún relieve a su personalidad. Hubiese hecho falta para ello un campanario, un pararrayos o el picacho de una montaña, pero en el monte que usted ha descrito hay un conglomerado de casas...

—Celebro su horóscopo. Ahora sé que no debo aspirar al premio Nobel.

—Es periodista, ¿eh?

—Fred Jalonik, del “Star! de Nueva York. Sé que es usted Debbie Kelly. Me lo dijo el *barman* del club —hice una pausa para mirarla al rostro y la vi atenta al volante—. Tiene usted razón en lo de la

profundidad. No he hecho nada que valga la pena.

—¡Oh! No se desmoralice, señor Jalonik. El que no tenga profundidad no quiere decir que lo suyo sea todo malo. Recuerde que también hay buenos y malos periodistas. Estoy segura de que usted es de los primeros.

—No se esfuerce en tratar de dorarme la píldora, señorita Kelly.

El coche se detuvo. La joven dijo:

—Hemos llegado a casa. Le invito a una copa.

—No puedo aceptarla. Tengo mucha prisa.

—He de añadir algo al “test” que le he hecho. El camino que serpentea significa que todo cuanto quiera lograr ha de ser a base de paciencia, sin precipitaciones. De modo que, puede perder unos minutos conmigo todavía.

Abrió la portezuela y saltó del coche sin esperar mi respuesta. Yo no tuve más remedio que imitarla.

Entramos en su casa. Era una de esas mansiones que solo se ven en el cine.

Un gran vestíbulo, una escalera semicircular al fondo y un gran salón con diversas puertas a uno y otro lado. Nos metimos en una habitación de la izquierda, que resultó ser la biblioteca.

Debbie se acercó a un rincón donde había un pequeño bar y preguntó:

—¿Whisky?

Di un gruñido de asentimiento en tanto que examinaba un cuadro que representaba a un hombre de larga barba y bigotes de morsa.

—Es el abuelo —me explicó Debbie, acudiendo a mi lado con los vasos de whisky—, el fundador de la dinastía. Un hombre a carta cabal. Aunque le parezca, increíble, labró su gran fortuna sin hacer daño a nadie,

Bebí un trago en silencio y al ver el teléfono que había en la mesa, la consulté:

—¿Me permite conferenciar con mi jefe?

—Claro que sí —repuso y se dejó caer en un sillón, quitándose seguidamente los zapatos y dando un suspiro de alivio.

Cogí el teléfono y antes de discar le dije:

—Un ruego, señorita Kelly. No quisiera que las palabras que va a oír trascendiesen.

La joven levantó la mano derecha como si fuera a jurar ante un tribunal y haciendo un gracioso mohín, declaró:

—Lo prometo.

Como siempre a aquellas horas, encontré a Ullman en su despacho.

—Aquí Fred Jalonik, jefe —anuncié.

—¡Por todos los infiernos!, ¿dónde se ha metido? Empezaba a creer que se había largado a los antípodas, lo cual me hubiese alegrado enormemente.

—Es lo que pienso hacer si no me triplica el sueldo después que me haya oído.

—¿De qué se trata?

Yo decidí hacerle sufrir antes.

—¿Qué va en las primeras páginas, señor Ullman?

—Lo de todos estos últimos días. La conferencia de Ginebra y la reposición en Rabat del Sultán de Marruecos, con los últimos atentados.

—Mande a los muchachos que paren las máquinas. Tendrá que tirar esas páginas a la basura.

—¿Está loco o bebido?

—Ni una cosa ni otra. Tome nota. Una banda de espías ha conseguido una copia de un microfilm que sacaron, de los archivos del Pentágono. Se trata de los planos de un proyectil teledirigido. Un miembro de la banda, el que me ha contado a mí todo esto, fue muerto ante mis propios ojos no hace aún una hora. Naturalmente, debe destacar su muerte sin meterme a mí en el lío. Utilice el procedimiento de siempre, cuando le visite la policía. Lo sabemos de buena tinta. El muerto se llamaba Jack Temple y era camarero del “Club 21”. Le pegaron un balazo exactamente a las once menos ocho minutos de esta noche en un callejón próximo al club.

Podía ver a Ullman y a dos redactores escuchando alrededor de su mesa por los supletorios mientras escribían febrilmente cuanto les comunicaba.

—¡Jalonik, no se marche!

—Aún estoy aquí.

—¿Cómo se ha librado usted?

—Le dije que llegaría a los sesenta años, jefe. Han intentado liquidarme dos veces, pero hasta ahora no han podido conseguirlo.

No le puedo decir nada más.

—¿Y lo de Van Eckert?

—Sigue muy confuso, pero, por lo que más quiera, no mezcle su nombre en la información si no quiere echar a perder todas mis posibilidades de éxito. El F.B.I., tratará de pisarme el terreno en cuanto usted lance la edición a la calle.

—¿Cuándo volverá a llamar?

—Dependerá de las circunstancias. Me alojo en “El Corsario” con el nombre de Suss Andes, Calle 190, Norte.

—Es usted grande, Jalonik. ¡Pegue duro, muchacho!

—Gracias, jefe —dije colgando.

Era la estratagema del viejo. Soltar un par de frases animosas cuando uno se estaba jugando el pellejo. Después de todo, más vale así.

Encendí un cigarrillo y lancé una bocanada de humo observando que Debbie Kelly me miraba fijamente.

—Así, pues, es usted el buen periodista que yo he pronosticado.

—No eche las campanas al vuelo, señorita Kelly. Apenas he iniciado este reportaje.

—¿Piensa terminar ese trabajo?

—No sé lo que haría un hombre profundo en mi lugar, pero yo sí. He de terminar rápido si quiero llegar hasta el fin que me he propuesto.

—¿Sabe ya quién tiene la copia del microfilm?

—No... Es un condenado asunto y lo peor de todo está en que me las tengo que ver con un cadáver.

—¿Un cadáver? —frunció el entrecejo.

—Se lo explicaré cuando mis ideas sean más claras. Ahora tengo que marcharme.

Me acompañó hasta la puerta y, cuando me tendía la mano se puso de puntillas y me besó en la boca.

—Este no tiene que ver con ninguna apuesta.

—Buena suerte, señorita Kelly —murmuré y salí de la casa.

Un poco más abajo cogí un taxi y di al conductor la dirección del hotel.

Cuando un reloj daba las doce de la noche, yo estaba acostado en la cama pensando que, al fin y al cabo, la profesión de periodista tiene sus compensaciones.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente me levanté muy tarde. Eran las once y media cuando me introduje en una peluquería donde me hice rapar. Más tarde desayuné tranquilamente sentado en un bar, imaginándome que la bomba estallaría de un momento a otro.

Paseé por las calles y terminé por meterme en un cine en el que daban un programa de noticiarios y dibujos animados. A la salida ya había sobrevenido la explosión.

Vi gente aglomerada ante el aparato de televisión de un establecimiento donde vendían “perros calientes” y cerveza. En la pantalla aparecía la imagen de un alto jefe del F.B.I. Estaba haciendo una declaración.

—“El país puede estar seguro de que la información aparecida esta mañana en un periódico de Nueva York es falsa. Inmediatamente que se supo la noticia en Washington, nuestro Departamento estableció Contacto con el Pentágono al objeto de aclarar cuantas dudas pudiera suscitar la referida información. El Pentágono nos ha comunicado que la noticia del referido periódico está absolutamente desprovista de fundamento, y que no cabe la más remota posibilidad de que un microfilm de los archivos de sus oficinas haya podido ser substraído al objeto de sacar una copia de él. Naturalmente, el F.B.I., como siempre que se ha tratado de asuntos concernientes a la defensa del país, ha puesto en marcha su organización para contrarrestar el estado de opinión creado por las irresponsables manifestaciones de un periodista...”

Me alejé de allí antes de que desapareciese la imagen de la pantalla y diese paso a otra. Compré en un quiosco todos los periódicos de la mañana de Chicago y me fui al hotel. Al cabo de quince minutos de estar buscando, me di cuenta de que tenía que enfrentarme con algo más fuerte que yo. En ninguna de aquellas páginas que formaban montaña a mis pies se hacía mención del crimen cometido la noche anterior en la persona de Jack Temple.

Quizá yo había procedido ingenuamente en este caso. Era lógico que el cadáver de Jack Temple fuese retirado del callejón por los mismos que lo habían matado.

El caso era que me había hundido en el cieno hasta las orejas y

que no adivinaba en aquel momento la forma en que podría salir a flote.

Me tendí en la cama y empecé a fumar cigarrillos. Cuando había consumido catorce y me disponía a encender el quinceavo con la colilla del anterior, se abrió violentamente la puerta y apareció Ullman seguido de Jimmy Cook.

Me puse en pie sonriente, invitando:

—¿No toman asiento, caballeros?

Ullman lanzó el más fiero rugido de cuantos le había oído emitir.

—¿Por qué ha hecho esto conmigo, Jalonik?

—¿A qué se refiere concretamente, jefe?

—¿Y lo pregunta todavía? ¡Todo el país, de costa a costa, se carcajea a estas horas del “Star” de Nueva York! ¡Y eso se lo debo a usted! ¡Ha conseguido nuestra ruina! ¡Ha deshecho una empresa solvente, moral, que hemos ido levantando poco a poco en el transcurso de muchos años de fatigas! ¡La ha destruido como si se tratase de un castillo de naipes! ¡En un segundo!... ¡Le ha bastado para ello con imaginar la más burda mentira del periodismo moderno!...

Me senté al borde de la cama dejando libres las dos únicas sillas que había en la habitación, para que las ocupasen cuando estuviesen cansados.

—Yo en su lugar lo tomaría con más calma, Ullman.

—¿Lo ha oído, Jimmy? ¡Con más calma!... ¡Y nos ha puesto en el más espantoso ridículo que se ha conocido en los Estados Unidos!

Cook me dirigió una de sus venenosas sonrisas, murmurando:

—Todo ha sido lamentable.

Estaba llegando al límite de mi resistencia y le repliqué:

—¡Vuelve a decir otra de esas y te juro que tendrás necesidad de una dentadura postiza para volver a masticar!

Dio un respingo, acercándose a la puerta para el caso de que tuviera que escapar.

Ullman se serenó un poco al ver que mi actitud era más resuelta de lo que él había supuesto.

—Nada de peleas. Esto se puede arreglar y lo voy a arreglar yo

—hizo una pausa mirándome con sus ojillos escrutadores. Al cabo de un rato, añadió—: Le debe su pan al “Star”, Jalonik. Usted lo

sabe perfectamente. Es justo que ahora que el periódico atraviesa una crisis, motivada precisamente por una información suya, haga algo por nosotros.

—Déjese de preámbulos y vaya al grano.

—Ya ve que hemos venido nosotros solos, Jalonik. El F.B.I., hubiese dado cualquier cosa por conocer su paradero, pero lo hemos silenciado porque somos unos caballeros. Ahora le toca a usted correspondernos. Dame eso, Jimmy.

Cook sacó un par de folios mecanografiados del interior de una cartera y se los alargó a Ullman, quien a su vez me los trasladó a mí.

—¿Qué es esto? —pregunté—. No sé leer.

—Una confesión de que cuanto nos comunicó anoche y ha aparecido esta mañana en nuestro periódico es producto de su imaginación. Anoche asistió usted a una fiesta con unos amigos, donde quizá bebió más de lo conveniente. Estuvieron de broma y, sin darse cuenta de lo que hacía, nos puso una conferencia soltando lo primero que se le ocurrió, es decir, ese condenado asunto del microfilm, de la banda de espías y del proyectil teledirigido.

—Está loco, Ullman, si piensa que voy a firmar yo esa declaración —repuse con voz seca.

—¿Por qué no la va a firmar? ¡Si es la pura verdad, más o menos!

Jimmy Cook disparó uno de sus venablos.

—Probablemente, Jalonik, de tanto repetirlo, ha llegado a convencerse de que su cuento es una verdadera historia.

—¡Escuchen ustedes! —exclamé de nuevo, poniéndome en pie—. Créanlo o no, todo cuanto les dije anoche es cierto. Mataron a Jack Temple ante mis propias narices cuando me acababa de confesar lo del espionaje. Yo tuve que salir por piernas del callejón y, naturalmente, después retiraron el cadáver. Temple había comisionado a un tipo llamado Dan Simmons para que me ultimase. Simmons me siguió desde que llegué al aeropuerto, y se dispuso a hacer su trabajo cuando me cogió en el apartamento de Van Eckert.

Señalé con el dedo la sien, en donde tenía marcada la línea rojiza que me produjo la bala disparada por Simmons.

—He aquí la huella de la pelea que tuve que sostener con él.

—Pura fantasía —comentó Cook, despectivamente.

Yo entonces exhibía la pistola con silenciador y no sé qué verían en mi cara que se echaron a temblar, retrocediendo.

—¡No lo haga, Jalonik! —gritó Jimmy—. ¡Yo lo creo todo!

—¡Recuerde que he sido un padre para usted, Fred! —suplicó Ullman, a punto de desmayarse.

Lancé una gran carcajada, lo cual debió acentuar la creencia de ellos en que yo estaba loco.

Finalmente, cuando dejé de reír, expliqué:

—La he sacado para que la vieses. Esta pistola pertenecería a Simmons. Logré quitársela dejándole fuera de combate. Y fue esta misma pistola la que me sirvió para defenderme, cuando anoche, en el callejón, se puso el asunto feo.

Arrojé el arma sobre la cama y metí las manos en los bolsillos del pantalón, espetando que Ullman, hablase.

En su rostro había una expresión extraña cuando preguntó:

—¿Está seguro, Jalonik?

—Confieso que el asunto resultará increíble para el que no lo haya vivido, y solo lo he visto yo. Primero un cadáver que me invita a su entierro, luego un chofer que niega su presencia, más tarde el muerto que me devuelve su corona y por último todo esto de Chicago. Simmons, Temple, espionaje y, por si faltaba poco, el F.B.I., negando que ha sido substraído secreto alguno de los archivos del Pentágono... ¿Qué quiere que yo le haga, Ullman? ¡Todo me ha ocurrido a mí! ¡Yo respondo de mi cerebro! ¡Estoy completamente sano!... ¡Sé que es un condenado embrollo!... ¡Pero voy a descubrirlo aunque me cueste la vida!

Jimmy murmuró:

—Será mejor que nos marchemos, jefe.

Ullman le contestó con un ladrido:

—¡Cállese, Cook!

Yo encendí el cigarrillo decimosexto con la idea de enviar mi marca al congreso de fumadores que se celebraría en Montreal días más tarde.

—¿Es que le va a hacer caso, Ullman? —el semblante de Cook palidecía mientras hacía esta pregunta.

—¡Le repito que se calle! —Ullman se dirigió ahora a mí—: Suponga, Jalonik, que le concedo un margen de confianza en este asunto. ¿Con cuántos días le bastará para tirar de la manta?

—Han de ser pocos. Ellos están ahora sobre aviso, y no permitirán que avancé un paso más. Pero como yo pienso continuar, usted tendrá la información completa o mi cadáver.

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Volveré a machacar la pista de Van Eckert. Ella es la clave de todo esto que traigo entre manos.

—¿Le puedo ayudar?

—Sí; y puede que mucho.

—Dígame lo que he de hacer.

—No, hasta que salga ese de la habitación —dije, señalando a Cook.

—No tiene derecho a hacer eso conmigo —soltó Jimmy, pero Ullman lo atajó con una mirada feroz, obligándole a trasponer la puerta sin más discusión.

Cuando me encontré a solas con mi director, le indiqué:

—Telefonéele a Rex Harris.

—Llamó dos veces preguntando por usted esta mañana. Seguro que hará lo que sea por ayudarle.

—Yo también estoy seguro de ello. Se trata de que me haga un historial de Van Eckert. Quiero que no se limite a él, que me hable de sus padres y de cuantos hermanos haya podido obtener. Quiero una biografía de todos.

—Eso va a requerir tiempo.

—Si invierte más de veinticuatro horas en conseguirla, no me servirá de nada porque será demasiado tarde. Dígale que se ponga enfermo, que pida permiso en Jefatura, pero que me informe sobre lo que le pido, si quiere volverme a ver vivo.

—Lo tendrá, Jalonik, aunque sea lo último que haga como director del “Star”.

—Gracias, jefe, estamos a la recíproca.

—Debe tener cuidado, muchacho, no solo con esa banda, sino con el F.B.I. En cuanto le echen el guante encima los del Departamento, le crearán dificultades.

—Lo sé y trataré de escurrirme cuando llegue el momento.

Ullman me tendió la mano y yo la estreché.

—Mi suerte será la suya, Fred. Si usted fracasa, el Consejo de Administración pedirá mi cabeza.

Yo sonreí, y muy pocas veces lo hago, cuando el viejo perro

pachón me dirigió una mirada de lástima. Estuve a punto de acariciarle detrás de una oreja, pero no llegué a hacerlo porque salió inmediatamente de la habitación.

CAPÍTULO VIII

Hacía media hora que Ullman y Cook habían salido del apartamento. Yo paseaba de un lado a otro intentando dar con el camino que debía seguir de allí en adelante. Todos los rechazaba porque me parecían malos. Lo único que había claro era que, a partir de ahora, tenía que huir como si fuese el enemigo público número uno. Me estarían pisando los talones, no solamente los cuervos de la banda de espías, sino los agentes del F.B.I., y los de la Brigada Criminal. Estos últimos iniciarían una investigación sobre el asunto de Temple, y cuando encontrasen el cadáver empezarán a pensar que yo tenía razón. Por otra parte, existía una persona que conocía mi paradero y de la que no me fiaba: Jimmy Cook. En cuanto Ullman lo dejase solo, cogería un teléfono y me traicionaría. Tenía que buscar otro refugio. Me cercioré de que no me dejaba nada olvidado y me dispuse a salir de la habitación.

En ese instante oí unos pasos suaves que se acercaban por el corredor, deteniéndose delante de mi puerta. Conteniendo la respiración me puse a un lado y saqué la pistola que me había guardado en el bolsillo. Mis ojos fijos en el picaporte de la puerta, vieron cómo giraba poco a poco. Sonó un pequeño chasquido. Levanté el brazo armado, y cuando mi visitante se coló por la rendija, abaté el arma sobre su cabeza.

Un segundo antes de que la culata tropezase con su objetivo, descubrí que quien entraba era Debbie Kelly. Hice un esfuerzo sobrehumano para detenerme, pero no pude impedir que el golpe se produjese, aun cuando este fuese mucho menos contundente de lo que mi intención primera había calculado.

La joven emitió un grito y cayó al suelo gimiendo.

Yo guardé la pistola, cerré la puerta y acudí en su auxilio.

Afortunadamente, no había llegado a perder el conocimiento y, tras unas palmadas en las mejillas, abrió los ojos, reprochándome entre lamentos:

—¿Es así como recibe a sus amigos, señor Jalonik?

—Lo siento —me excusé—. La confundí con la madre de mi novia.

La ayudé a levantarse y, sujetándole la cabeza, empecé a darle

masaje en el cuero cabelludo.

—¿Duele? —pregunté.

Su cara quedaba muy cerca de la mía, una cara en la que había muchas cosas que admirar.

—Siga un poco más y me sentiré mejor —me dijo.

Aquella escena era demasiado romántica para mi estado de nervios y resolví acabarla. Por eso me separé de ella unos pasos, inquiriendo:

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, señorita Kelly?

—¿Es que no lo recuerda? Dio su dirección a su jefe en mi casa.

—Comprendo, lo había pasado por alto. ¿Y el motivo de su visita?

—He oído la radio y me figuré que necesitaba un poco de consuelo.

—Es usted muy amable. Pero hará bien en alejarse de mi lado cuanto antes.

—¿Por qué? Me gustan las emociones, señor Jalonik. Póngame a prueba.

—Esto no es un juego, ni tiene a nadie para hacer una apuesta. Márchese usted con sus amigos y diviértase.

—Tiene un criterio erróneo de mí, señor Jalonik. Olvide lo que ocurrió en el bar anoche.

—Está bien, lo he olvidado. Pero el caso es que no puede hacer nada por mí.

—Puedo ser una buena aliada suya. Conozco los ambientes en que se desarrolla su trabajo.

—Es ahora demasiado dura consigo misma, o quizá no se da cuenta que tengo que vérmelas con las fieras de una jungla.

—Conozco bien la selva y a todos sus habitantes.

La miré fijamente preguntándome si estaría diciéndome la verdad, o bien todo aquello sería pose. No es raro encontrar personas de su mundo ávidas de emociones o de alguna aventura de rara moralidad. Conocía pocos datos de ella para poder clasificarla. Y yo no era psicólogo para someterla a unos cuantos “tests”.

Se me ocurrió una idea y le pregunté:

—¿Frecuenta mucho el “Club 21”?

—Voy una vez o dos por semana.

—¿Recuerda al camarero que les sirvió a ustedes anoche?

—Sí; era Jack.

—Lo mataron en el callejón del que usted me vio salir cuando me introduje en su coche.

—Lo he oído también por la radio, pero dicen que no se ha encontrado ningún cadáver.

—Yo podría volverlos más locos a todos, si les hablase de otro muerto, pero con el de Temple tienen bastante. Lo vi morir a menos distancia de la que nos separa a usted y a mí. No puedo discutirlo. Si no me cree, abra la puerta y márchese.

—Es usted bastante duro en sus resoluciones, Jalonik. Pero no me marchó porque le creo. Quería oírlo de sus labios. Yo le puedo dar información respecto a Jack.

—¿Qué está esperando? —apremié bruscamente—. ¡Suéltelo ya!

—Jack tenía una novia. Trabaja en un teatro de variedades, en el “Emporium”. Figura como acompañante de un traga-fuegos. Hace un par de semanas, el empresario del teatro dio una fiesta con motivo de su cumpleaños. Acudí allí y vi a Jack entre los invitados. Conversaba con la chica de que le hablo.

—Para ser camarero se relaciona bien. Lo digo por usted, naturalmente, pues supongo que en esa fiesta habría otras personas de su misma condición social. ¿Cómo sabe que era novia de él esa artista?

—Jack me saludó y yo le dije una de esas frases tontas que se acostumbran a hacer por rutina. Me dijo que era novio de Brunilda, pero lo cierto es que también lo vi hablando con otros invitados.

—¿No recuerda quiénes eran?

Debbie meneó la cabeza en sentido negativo.

—No; no lo recuerdo y lo siento.

—Le voy a hacer una descripción de un hombre. Tómese todo el tiempo que quiera para pensar.

—Estoy preparada.

—Se trata de un individuo de unos cuarenta años de edad, de piel muy morena, ojos verdes, cejas casi juntas, boca muy pequeña, y el mentón puntiagudo.

La joven levantó la mirada al techo mientras se mordía el dedo índice, en actitud pensativa, pero al cabo de un par de minutos desistió, murmurando:

—No; es inútil. Ya le dije que no me fijé en las personas que

dialogaban con Jack.

—Tendré que ver a Brunilda.

—¿Le puedo conseguir su dirección en pocos minutos!

—De acuerdo; ¿ha traído su coche?

—No me pareció conveniente y tomé un taxi.

—Ha hecho bien —le sonreí—. Un automóvil lujoso por estos barrios hubiese sido demasiado llamativo.

Salimos del cuchitril y ganamos la calle. No tuve necesidad de ver al encargado de la casa por cuanto había pagado por adelantado el importe del alquiler de tres días, y me marchaba mucho antes de acabar el plazo.

Nos metimos en un taxi y ordené al conductor que se detuviese en el primer bar que hallase en el camino, al objeto de que Debbie se pudiese informar del domicilio de Brunilda.

Al poco rato lo sabía. Era una pensión, solo para señoritas, de la Calle 78 Oeste, exactamente el número 124, adonde nos llevó rápidamente el coche. Cuando llegamos, le dije a mi amiga:

—Quédese quietecita aquí y, por lo que más quiera, no intente subir. Debe tener en cuenta que yo soy la fuerza de choque.

Ella asintió con un mohín de niña enfurruñada. La encontré muy graciosa y le di una palmada en la mejilla.

Cuando llamé a la puerta de la pensión, salió una señora delgada, con anteojos de miope cabalgándole la nariz, y el cabello recogido en un moño.

—¿Qué desea? —me disparó, mirándome de pies a cabeza.

—Soy Barnum, el del circo. En el “Emporium” me dijeron que Brunilda Garr se hospeda aquí. Necesito hablar con ella.

—No se permite la entrada de hombres en mi pensión —la lechuza me sonrió, añadiendo—: Pero tratándose de usted y de algo relacionado con la profesión de mi huésped, puede subir. Es la habitación diecisiete. Brunilda siempre está en casa a estas horas.

Subí por unas estrechas escaleras y, al encontrarme ante la puerta número 17, inspiré profundamente antes de pulsar el timbre.

Al cabo de un rato oí ruido de pasos en el interior, y poco después, la puerta se abrió unos centímetros.

Unos ojos negros, muy pintarrajeados, me miraron con cierto temor.

—¿Quién es usted? —preguntaron unos labios rojos.

Yo empujé la puerta y me colé dentro mientras ella protestaba.

—¡No tiene derecho a hacer esto aunque sea de la policía.

Sonreí y me quedé mirándola escrutadoramente.

Lo mismo podía tener veinte que treinta años. De lo que sí estaba seguro era que aquella mujer había conocido tiempos mejores. Todavía era hermosa, pero los excesos habían ajado su frágil belleza. Se cubría con un batín acolchado color rojo, pero el cinturón estaba algo flojo y no se ceñía demasiado a sus formas.

—¿Qué le hace sospechar que soy de la policía? —pregunté a mi vez.

—Hace media hora que estoy oliendo mal.

La chica era un hueso. Lo comente entre las de su clase. Pero otros más duros que ella había tenido yo que roer.

—¿Se ha enterado de lo de Jack?

Ella abrió un poco más los ojos y distendió los labios, sonriendo.

—De modo que es usted el periodista que ve un cadáver debajo de su cama y un espía cada vez que se mete en el autobús.

—No se puede dar usted una idea. Lo bueno de todo es que yo encuentro un muerto cada día, y a mí me da en la nariz que el próximo puede ser usted, Brunilda.

Dejó de sonreír y noté que se estremecía.

—¡Lárguese de aquí! —me ordenó—. ¡Si quiere asustar a alguien vaya a contárselo a su tía!



—¡Lárguese de aquí! —me ordenó.

—Sabe que no pretendo atemorizarla. Por el simple hecho de que Jack ha muerto, puede que usted esté en peligro.

—¿De veras? ¿Y qué quiere?... ¿Que recline mi cabeza en su pecho y me desahogue contándole la historia de mi vida?

—Me conformaría solo con una parte de ella. La que se refiere a sus relaciones con Jack Temple.

—¡No me lo nombre más! —chilló histéricamente.

—Puede que hoy o mañana encuentren su cadáver. Entonces los de la Criminal querrán que usted lo identifique. Si usted es sincera conmigo, puedo ahorrarle ese mal rato. Ayúdeme y yo la ayudaré a usted.

Brunilda estalló de pronto en sollozos. Me di cuenta de que mis palabras habían roto sus nervios. Ella era una de las pocas personas que debían de haber admitido mi informe sobre la muerte de Temple, lo cual quería decir que lo consideraba muy probable dadas las andanzas a que aquel se dedicaba. Y eran estas las que para mí tenían mayor interés.

—Le dije que se separase de ellos —murmuró—. Se lo dije y no me hizo ningún caso. Sabía que tarde o temprano le traería malas consecuencias.

Quise aprovechar el momento y pregunté:

—¿Y quiénes son ellos?

—No conozco a nadie —aseguró—. Ni siquiera él los conocía. Recibía las instrucciones en el bar.

—¿De qué forma?

—Lo llamaban por teléfono, pero solo para citarlo. Y él, cuando necesitaba hacer algún informe, ponía una cartulina verde bajo una botella de ron en la segunda estantería del bar. Eso quería decir que su enlace debía acudir al sitio de costumbre.

—¿Qué sitio era ese?

—En el cementerio de Dakwood.

Sentí un leve escalofrío en la espina dorsal.

Aquel caso había empezado con un cadáver, continuaba con una corona de flores y ahora era muy posible que

terminase en el cementerio... conmigo.

—El cementerio es muy grande —objetó—. ¿Recuerda en qué lugar, concretamente?

La voz de Brunilda me llegó en un susurro:

—Quinta sepultura de la tercera avenida. La hora de la cita nunca cambiaba: era a las siete de la tarde.

—¿Cómo sabe usted todo esto? No es corriente que un espía vaya contando por ahí los secretos de que depende su vida.

La joven se volvió hacia mí, exclamando:

—¡Jack iba a terminar con ellos! Había conseguido reunir ya los diez mil dólares que quería. Nos disponíamos a marchar al Brasil. Tenía el propósito de comprar una pequeña plantación. Era su sueño y el mío... y ahora todo se ha esfumado.

Siguió sollozando y yo traté de reconfortarla.

—Es muy lamentable lo que ha ocurrido, pero debe consolarse con el

pensamiento de que los asesinos de Jack pagarán su crimen.

—¿Usted cree? —inquirió en tono dubitativo.

Desde luego, yo no tenía mucha confianza en mis fuerzas. Me enfrentaba con un enemigo invisible. Pero no era momento aquel para pensar en un fracaso.

—Esté segura de ello —sentencié—. Si es preciso, movilizaré al F. B. I. para abatirlos.

Desde luego, no pensaba hacer tal cosa. Aquel caso lo había iniciado yo y el propio F. B. I. había negado la filtración del documento secreto, motivo de aquel baile. No podía consentir que nadie saliese a saludar al escenario, substituyéndome cuando llegase el momento de recoger los aplausos del público. Podía ocurrir que tampoco me vitoreasen a mí, pero me daba lo mismo morir en la cama que cosido a balazos en cualquier lugar de Chicago.

Allí nada tenía que hacer y me despedí.

—Gracias por todo, Brunilda. Tendrá noticias mías.

Ella dejó de sollozar y me acompañó hasta la puerta. Le di unas palmadas en el brazo y le sonreí.

Cuando regresé al lado de Debbie, esta me preguntó, con avidez:

—¿Ha conseguido algo?

—Un poco —y luego me dirigí al conductor—: Vaya al Humboldt Park.

Dejamos el taxi ante una de las puertas del parque y lo despedí. Nos metimos por un frondoso paseo y nos sentamos en un banco. Encendí un cigarrillo y ella montó en cólera.

—¿Por qué diablos no lo suelta de una vez, Jalonik?

—Estoy pensando. No me interrumpa.

Debbie se mordió el labio inferior, pero tuvo que conformarse. Al cabo de un rato, la interrogué:

—¿De veras quiere ayudarme, Debbie?

—Estaba a punto de marcharme y dejarle en la estacada. Es usted demasiado

reservado con su aliada.

—Es injusta conmigo, pero si cree que no me porto noblemente con usted, está aún a tiempo de largarse.

Sus mejillas enrojecieron y esperé que se fuese. Pero no ocurrió así. La fierecilla casi estaba domada.

—Está bien, hombre duro —me dijo a regañadientes—, ¿qué quiere que haga?

—A usted le será fácil. Solo tiene que ir esta noche al “Club 21” y hacer que coloquen una cartulina verde bajo una botella de ron del segundo anaquel.

—¿Para qué?

—Era el medio que utilizaba Jack Temple para anunciar que tenía que soltar algún informe. Una cita, ya me entiende, en un lugar fijo.

Debbie me miró con ojos asustados.

—¿Se ha vuelto loco, Fred?

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre y su voz me sonó con una extraña musicalidad. Dulce, cosquilleante.

—Repítalo —le pedí.

—Déjese de tonterías. Parece un chiquillo jugando a policías y ladrones. ¿Es que no se da cuenta de que ellos saben que Jack Temple ha muerto?

—Naturalmente, si ellos mismos lo mataron.

—¿Entonces...? ¿Reconoce lo absurdo de su plan?

—Nada de eso. Sabrán inmediatamente que conozco el lugar en que Temple se citaba con ellos y que, por tanto, soy yo el que le substituye ahora.

—¡Pero lo matarán a usted!

—Mi situación no me deja elegir. He de recurrir a un medio desesperado para seguir avanzando. Me encuentro entre dos fuegos. Los espías por un lado y la policía por otro. ¿Qué quiere? ¿Que me cruce de brazos y espere a que me cacen? Si transcurren unos cuantos días más sin que yo haya echado el guante a esa banda, habrá pasado mi oportunidad.

—Comprendo —asintió ella, en un murmullo. Y luego, de pronto, añadió—:

¿Por qué no colabora con el F. B. I.?

—Espantarían la caza. ¿Es que no lo ve, Debbie? Es como una trampa que yo mismo me tiendo. Pero en el último instante, he de saltar del cepo para que otra pieza ocupe mi lugar.

—Sigo pensando que es absurdo.

—Al fin y al cabo, si yo caigo no se perderá gran cosa.

Guardamos un minuto de silencio. Yo, por mi próxima muerte. Ella, no sé por qué.

—¿Dónde es el sitio? —me preguntó.

—La aventura para usted acabará cuando consiga que coloquen esa tarjeta debajo de la botella de ron. Así, pues, me permitirá que silencie el lugar donde se va a celebrar la fiesta.

—¿Sí, eh? —repuso ella, levantándose muy excitada—. ¡Pues se equivoca si cree que voy a hacer algo más por usted! ¡Hemos terminado!

Dio media vuelta y se alejó de mi lado, dejándome boquiabierto.

Pasados unos minutos, me levanté y salí del parque. Cogí un taxi y le dije al conductor que me llevase a Englewood, en la parte sur de la ciudad. Mi idea era la de hospedarme en un hotel de cualquiera de las calles que componían la barriada.

Tuve suerte en la elección. Jamás había estado antes en una habitación más sucia que la que alquilé por dos días a razón de un dólar. El patrón del “palacio” me recomendó tuviese cuidado con no llevarme las sábanas.

Me tendí en un gimiente camastro y empecé a fumar cigarrillos y a beber whisky de la botella que había tenido la precaución de adquirir.

Cuando me cansé de pensar, me quedé dormido.

Poco más o menos a las nueve de la noche salí a la calle y me metí en la cabina telefónica de un bar.

Descolgué el micro y pedí una conferencia con el “Star” de Nueva York.

—¿Quién es? —me cosquilleó en los

oídos la voz de Ullman.

—Fred Jalonik, jefe.

—¡Por todos los demonios, Fred! Creí que estaría muerto.

—Todavía no. ¿Qué me cuenta de lo de Harris?

—Aún no hace media hora que me ha llamado desde Topeka, Kansas. Me ha pedido le encargue a usted que le deje mañana su dirección en el aeropuerto de Chicago.

—¿Viene a Chicago Rex?

—Eso dijo. Llegará mañana alrededor de las seis de la tarde. Todavía tenía que hacer un trabajo.

—Pero ¿qué hay de lo Van Eckert?

—Dijo que hablaría con usted ahí.

—¡Que se vaya al infierno! No es hora de jugar a los acertijos.

—¿Qué me comunica para la edición de mañana?

—¡Nada!

—¡No me vuelva loco, Jalonik! En estos momentos soy un cordero rodeado de

lobos.

Me hizo gracia la comparación. Si él era un cordero, los demás éramos colegialas recién llegadas a la pubertad.

—Mañana representaré el último acto, jefe —rezongó—. Si cuando caiga el telón, estoy vivo todavía, tendrá la información completa. ¡Abur!

Colgué, busqué en la guía el número del aeropuerto y volví a disar.

Una voz femenina me atendió.

—Oiga, señorita, quiero dejar un aviso para el teniente Rex Harris, de la policía de Nueva York, que llegará mañana a nuestra ciudad.

—¿Quién llama?

—El abuelito del señor Harris. ¿Toma nota del recado? Es el siguiente: Dígle que me encontrará a las siete de la tarde en la quinta sepultura de la tercera avenida del cementerio de Dakwood.

—¡Oiga!

Colgué el aparato definitivamente, sin esperar a oír la réplica completa.

Me metí en un cine, donde vi una película que era un verdadero rollo. De allí me fui a un local nocturno. Desde luego, no era el “Club 21”. Encontré a una simpática pelirroja con la que permanecí hasta las cuatro de la madrugada. Luego regresé a mi hotel y me acosté, durmiendo hasta las tres de la tarde siguiente.

A las cinco abandoné la pocilga y encaminóme hacia el cementerio. Hice un alto en un bar, donde comí un par de bocadillos regados con un *bock* de cerveza, porque no quería que me pillase mi última hora con el estómago vacío.

A las seis y media entré en el camposanto. Empezaba a oscurecer y un empleado me miró a la entrada un poco extrañado, avisándome de que quince minutos más tarde tocaría una campana anunciando que iban a cerrar.

No tuve que hacer ninguna pregunta para orientarme porque las avenidas tenían inscrito el número a su comienzo. La tercera no estaba mal del todo, era un

buen paseo con sus cipreses apuntando al cielo, sus sepulturas de mármol blanco, flores en profusión y alguna que otra estatua religiosa.

La quinta sepultura correspondía a un tal Jonathan Sullivan, que había tenido la ocurrencia de fallecer a los cuarenta y siete años de edad. Naturalmente, no le concedí importancia alguna al difunto Jonathan por figurarme que la elección de su última morada como lugar para una cita de espías, debía de ser puramente casual.

Saqué un cigarrillo del paquete, y lo encendí a pesar de que sentía la impresión de que mi lengua se había convertido en una tira de cuero.

Oí la campana recordatoria de que el cementerio se tenía que desalojar y entonces tiré el cigarrillo al suelo, lo pisé con el tacón del zapato y me refugié detrás del tronco de un ciprés para esconderme a los ojos de los vigilantes que debían hacer la ronda.

Efectivamente, al cabo de unos minutos pasó un hombre realizando su labor por simple rutina. Ni siquiera se le ocurrió mirar hacia el lugar en que yo me encontraba. Sus pasos se fueron perdiendo poco a poco en la lejanía y de pronto, me di cuenta de que me había quedado solo con los muertos.

Las tinieblas lo fueron envolviendo todo y empecé a sentir frío.

* * *

(Por razón de oportunidad, el señor Keith Luger, a quien debo la publicidad de este relato, inserta a continuación lo que ocurría en aquellos momentos en el aeropuerto de Chicago).

Rex Harris descendió del avión de Nueva York y se dirigió a las oficinas del aeropuerto, deteniéndose ante la sección de información. Un caballero con ojos saltones y barbilla puntiaguda, le preguntó qué deseaba.

Rex enseñó la placa, diciendo:

—Soy el teniente Rex Harris. Un amigo habrá dejado un recado para mí.

—Espere un minuto, por favor.

El otro se marchó y habló sucesivamente con dos señoritas, la segunda de las cuales le entregó una tarjeta. Al volver el besugo junto al policía, declaró:

—Aquí está. Pero no se trata de su amigo, teniente.

—¿No? ¿Quién es?

—Su abuelo —respondió el empleado, sin apartar la mirada de la cartulina—. Ha dejado dicho qué le espera a las siete de la tarde en la quinta sepultura de la tercera avenida del cementerio de Dakwood.

Harris frunció el ceño mientras se echaba el sombrero hacia atrás.

—¡No me puede hacer eso a mí! —exclamó.

—No entiendo nada, señor.

—¡Maldito Jalonik! ¡Siempre con sus condenadas bromas!

Luego, al darse cuenta de que el

empleado le miraba ceñudamente, rezongó, girando sobre sus talones:

—No haga caso. El tipo que ha dejado ese recado está como un rebaño de cabras.

CAPÍTULO IX

Consulté mi reloj fosforescente. Eran las siete, la hora en que Temple acostumbraba a reunirse allí con quien fuese, después de haber dejado en el bar del “Club 21” su cartulina verde.

Yo, desde que se separó de mí Debbie, había tenido plena confianza en que, a pesar de sus últimas palabras, iría a cumplir lo que le había pedido.

Pero ahora en mi cerebro nacía la duda. ¿Y si no me hubiese hecho ese favor? Pasaría el tiempo y yo esperaría inútilmente.

De súbito, sentí un ruido extraño. Procedía del comienzo de la avenida. Algo así como si un pie hubiese pisado la grava. Saqué la pistola y me puse lentamente en cuclillas, mientras agudizaba el oído. Transcurrió un minuto y otra vez sonó el crujido. Estaba claro, alguien se acercaba. Contuve el resuello y habría detenido, de haber podido, mi corazón, porque tenía la impresión de que sus latidos debían de oírse a un par de millas de distancia.

Algo brilló a unas yardas de mí y no tuve duda de que se trataba de una pistola. Venía por mí, era mi sino. Pensé que les había hecho yo un gran favor. Ahora me liquidarían y me enterrarían allí mismo. Pero era muy doloroso para mí no tener siquiera un entierro. Me hubiera gustado imaginar a Ullman con expresión consternada, estrechando las manos de quienes le daban el pésame por la pérdida de su mejor reportero. Es lo que se suele decir en estos casos, aun cuando mi director, en el fondo, creería que yo estaba mejor muerto que vivo.

El bulto se fue acercando. Una tortuga lo hubiese hecho con más rapidez. Iba a pasar precisamente por delante de mí y aquello me refociló. Necesitaba coger al matarife vivo. Tenía que hacerle hablar aun cuando tuviese que retorcerle el pescuezo como a un gallo.

Inspiré profundamente, dispuesto a saltar, y, por fin, me lancé al aire. Se produjo un choque y los dos rodamos por el suelo, al tiempo que mi hipotético verdugo lanzaba un grito que me heló la sangre en las venas.

No, no era siquiera Rex Harris. Era Debbie.

Encima de ella, le tapé la boca para que dejase de gritar, y le pregunté:

—¿Qué demonios hace aquí?

Ella debió también confundirme, porque al reconocer mi voz, dejó de estremecerse. Le quité la mano que hacía de mordaza y habló.

—Le dije que era aliada suya. Cuando salí del parque, regresé a la pensión de Brunilda y conseguí que me diese la misma información que a usted.

—La ha hecho buena, larguémonos cuanto antes.

—Conseguí que un camarero pusiese la tarjeta debajo de la botella de ron.

Me quedé estupefacto.

—¿Y se ha atrevido a venir, a pesar de ello?

—¿No está usted aquí? ¿Es que hay alguna diferencia entre un hombre y una mujer?

Yo estaba muy cerca de ella y notaba mucho la diferencia, pero opté por callar y levantarme.

—¡Cierre la boca! —ordené.

Se incorporó, preguntándome en un susurro:

—¿Todavía no ha venido nadie?

—Ni vendrán.

—¿Por qué estaba tan seguro ayer de lo contrario?

—Porque creían que yo estaba solo en este lío y pensé que me considerarían lo suficientemente tonto como para no comunicar mi secreto a nadie y lo suficientemente listo como para querer continuar hasta el fin. Se lo diré con otras palabras. Como nadie ha creído mi historia, si yo muero, las aguas volverán a su antiguo cauce. Pero ahora lo ha echado usted todo a perder.

—¿Por qué?

—La habrán seguido desde el “Club 21” y no sé atreverán a asomar las orejas.

—¡Oh! —exclamó la hermosa joven—. Entonces usted sabía que me seguirían. Por lo tanto, debía también suponer que podían hacerme pasar un mal rato.

—También pensé que ellos imaginarían la utilizaba yo como una inocente oveja. Usted, al no conformarse con el papel de cortometraje que le he confiado para la representación, se ha metido en la boca del lobo, y lo peor es que ha deshecho todos mis planes.

Ella gimoteó.

—Lo he hecho con la mejor intención.

—Lo sé, lo sé. Vamos, cállese.

Pero Debbie continuó sollozando y yo tuve que estrecharla entre mis brazos.

—¿Quiere no ser niña?

De repente, llegó a mis oídos un nuevo ruido. Apreté con más fuerza a Debbie, y ella se dio cuenta de lo que pasaba porque instantáneamente guardó silencio. Ahora procedía de la derecha. Era un ruido monocorde. Algo así como si se acercase por el camino un hombre con una pata de palo.

Saqué de nuevo la pistola y arrastré suavemente a Debbie hasta el ciprés más cercano. Luego localicé al que se acercaba. Venía de la otra parte de la avenida. Un sonsonete se unió al golpeteo. ¡Santo cielo, si venía cantando! Era una voz ronca, que sonaba lúgubremente en aquel escenario.

Ya estaba encima de nosotros.

Debbie se puso a temblar de nuevo, y con la mano libre apreté cálidamente las suyas para infundirle ánimos. El cojo pasó por delante de nosotros sin detenerse. Siempre entonando su cancioncilla. Así continuó hasta doblar el camino del paseo.

Definitivamente, por alguna razón, Harris no acudiría a la cita.

—Serénese —dije a la joven—. Ya ha pasado todo.

—Los cojos dan mala suerte —me contestó—. ¿Cree que volverá?

—Seguro que no, ya no vendrá nadie. Será mejor que salgamos de aquí. Repito que ha arruinado usted todas mis posibilidades de éxito.

—¡Es usted insoportable! ¿Por qué me quiere cargar con la responsabilidad del fracaso?

—Está bien, está bien. Todo ha sido culpa mía. Soy una verdadera calamidad como detective.

De repente, se produjo un fogonazo treinta yardas más arriba de donde nosotros nos encontrábamos. Yo lo vi por el rabillo del ojo. Siguió un estampido y un proyectil silbó siniestramente, mordiendo el tronco del ciprés.

Aferré a Debbie por la muñeca y me lancé al suelo, arrastrándola en mi caída.

Todavía hicieron otros disparos antes de que yo empezase a apretar el gatillo.

A la tercera vez que hice fuego, un aullido de dolor partió del sitio desde donde nos atacaban. Inmediatamente, alguien echó a correr. Yo me puse en pie levantando conmigo a Debbie, porque no la soltaba de la mano, y pasamos rápidamente a la otra parte.

Llegamos ante el cuerpo de un hombre. Estaba exánime, muerto. Su compañero nos había sacado una notable ventaja y seguí corriendo.

—¡Vamos, Debbie, aquel es nuestro tipo! —apremié.

Ella se desasíó de un tirón, diciendo:

—He sido campeona de los mil quinientos metros, señor Jalonik. Usted va a ser quien se quede atrás.

Se alejó de mi lado como una centella y la seguí. Pronto me di cuenta de que había dicho la verdad. Yo resoplaba como una locomotora subiendo una empinada cuesta y Debbie volaba como si fuera una pluma, separándose más y más de mí.

—¡Espere, Debbie! —grité—. ¡Espere! Es peligroso que se le acerque.

Como una respuesta a mi advertencia, el fugitivo se detuvo para hacer un disparo.

La bala tampoco hizo blanco, pero me puso la carne de gallina. Debbie podía ser alcanzada en cualquier momento.

Pero ella, olvidando todo género de precauciones, seguía corriendo como si se hallase en la pista de ceniza.

—¡Por lo que más quiera, Debbie, deténgase!

El asesino reanudó su vuelo, pero presintiendo que le íbamos a dar alcance, detúvose de nuevo para hacer fuego.

Oí un clic-clac muy significativo. Habían vaciado el peine. Aquello me infundió ánimos.

El fulano dudó unos instantes al encontrarse con la sorpresa de que esgrimía un arma inútil, y ello le perdió.

La joven se le echó encima con la fiereza de una tigresa herida. Debí de clavarle las uñas porque lanzó un grito de dolor.

Yo llegué hecho polvo al lugar en que los dos se debatían y exclamé, tratando de decirlo todo seguido:

—¡Déjelo ya, Debbie! ¡Y usted estese quieto o le vuelo la tapa de los sesos!

—¡Dígale que se esté quieta ella, Jalonik! —suplicó nuestro espía para que le quitase de encima aquella furia.

—¡Vamos, Debbie, suéltelo ya! ¡Déjemelo a mí un rato! También tengo derecho a divertirme.

La joven se levantó jadeando y dijo, ufana:

—Supongo que se dará cuenta de que ha hecho un buen negocio al aliarse conmigo.

Allí estaba la mujer. El eterno femenino. Ahora resultaba que yo era quien la ayudaba a ella.

Disimulé emitiendo un simple ronquido y me dirigí al prisionero, que ya se había puesto en pie, metiéndole el cañón de la pistola en la boca del estómago.

Contemplé su cara a la pálida luz de la luna. No la había visto nunca antes de ahora. Tenía la frente recta, algo así como la del monstruo de Frankenstein, las órbitas de los ojos hundidas, la nariz muy ancha. Sus labios temblaban de puro miedo.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Alberto Locatelli —me contestó, con acento italiano.

—¿Y tu compañero?

—Bruce River.

—¡Estupendo, Alberto! Ahora solo falta que nos sueltes el resto del cuento y esta noche podremos dormir todos tranquilos.

—No sé nada.

Era el mismo disco de siempre y yo hasta había deseado oírlo de nuevo. Le apreté más el cañón y acerqué mi nariz a la suya.

—¡Repítelo, Alberto! Repite que no sabes nada y te juro que te dejo tan tieso como a Bruce.

Mi amenaza acabó de ablandarle. Se deshizo como la mantequilla.

—¡No me mate, Jalonik! Tengo mujer y tres hijos.

—¡Ya! Y de noche haces horas extras para matar a la gente y llevar unos, cuantos dólares a casa.

—Me obligaron a hacer eso.

—¡Cállate ahora! Supongo que os estarán esperando fuera del cementerio.

—No, señor. Dejamos el coche solo.

Me dirigí a la joven.

—¿Lo ha oído, Debbie? Tenemos un automóvil para el regreso.

Oímos voces de los guardianes del cementerio que acudían al lugar del suceso.

—Si nos quedamos aquí un minuto más, seremos sorprendidos —anunció Debbie.

—Pero nos cogerán igualmente en la puerta principal —sugerí yo.

—Nosotros entramos y salimos por una puerta lateral de la que tengo las llaves —terció Alberto.

—¡Hombre, eso se llama dar facilidades!

Lo registré con la mano izquierda y me apoderé del llavero, diciendo luego:

—Echa a andar hacia esa puerta de que hablas y no intentes ninguna jugarreta. Hablaremos en el coche.

Todo se desarrolló sin ningún contratiempo. Salimos del cementerio por la cancela referida, y ya fuera, vimos los reflejos de la capota del coche a muy poca distancia.

Por si acaso había quedado dentro alguien, dejé a Debbie en la muralla, me escudé tras Locatelli y lo hice avanzar hacia el vehículo.

Había dicho la verdad. Estaba vacío. Entonces me volví y di un grito a Debbie, quien corrió a mi lado.

—Póngase al volante —ordené a la hija del rey de la carne, y Alberto y yo pasamos al asiento trasero.

Poco después, partimos de aquel lugar y yo pregunté al cautivo:

—Bien, Alberto, ¿qué me dices de nuestro asunto?

CAPÍTULO X

Locatelli tragó saliva, contestando:

—Estoy dispuesto, señor Jalonik, pero ha de prometerme que no me va a dejar en manos de la banda. Me matarían sin remisión.

—Está bien, te entregaré a la policía.

—Así está mejor. Yo no soy ningún espía, sino un simple guardaespaldas y no sé nada de política. Soy un buen ciudadano. Voté a Stevenson en el 52.

—Claro que sí, muchacho. Tú eres un gran patriota. Puede que hasta ganes algún día la medalla de Servicios Distinguidos. Pero ahora contesta a mis preguntas: ¿Quién te ordenó que acudieses al cementerio para liquidarme?

—Dusty Einer.

—¿Quién es? En mi vida he oído ese nombre.

—Se trata de un químico de una importante industria situada al norte de la ciudad. Es la única persona que conocemos.

—¿Tú y quién más?

—Pues River, a quien usted ha matado, Corcoran, Sandy...

—Está bien, no prosigas. No he tenido el gusto de haber sido presentado a esos caballeros. Ya me darás una relación detallada sobre ese particular un poco más tarde. Si solo has tratado con Dusty Einer, ¿cómo sabes que está metido en un asunto de espionaje?

—Hace una semana nos llamó Dusty a su oficina de la fábrica. Fue a las doce de la noche. Había con él un hombre al que no habíamos visto antes.

—¿Cómo era?

—De estatura regular, ojos verdes, muy moreno...

Locatelli se quedó un instante pensativo, intentando recordar más detalles del desconocido.

Yo le ayudé:

—Boca pequeña y maxilar inferior muy agudo.

—¡Ese es! ¿Cómo lo sabe?

Por fin había aparecido en la historia Van Eckert.

Tal hecho me produjo una gran emoción que disimulé, replicando:

—No te preocupes. Continúa tu relato. ¿Qué pasó?

—Dusty Einer entregó al otro fulano una caja pequeña y luego se dirigió a nosotros para decirnos que debíamos acompañar a aquel caballero hasta un chaflán de la avenida de Michigan, y que si en el camino interceptaba algún coche el camino del nuestro, disparásemos sin titubear. Hicimos el viaje, pero no pasó nada. El hombre que le he descrito se apeó al final de su destino y continuó andando hasta perderse en la obscuridad. Fuimos a casa de River, donde hablamos de lo que había pasado. Él me contó que un día que entró en el despacho de Dusty Einer, le sorprendió hablando con otro individuo sobre cierto microfilm. Cuando ayer armó usted ese jaleo de la televisión, supimos que estaba en lo cierto y que se refería al microfilm de Dusty Einer.

—¿Conocías también a Temple?

—Estuvimos protegiéndole un par de veces que vino al cementerio, sin que él se diese cuenta.

—¿Con quién se entrevistaba Temple?

—Con otro fulano de anteojos grandes y barba de chivo. En las dos ocasiones que le vimos parecía tan asustado como un murciélago. Naturalmente, debía de ser el tipo que ofrecía la mercancía, uno de esos sabios a quienes también les gusta la pasta.

—¿Quién era el enlace que iba al “Club 21” para recoger los mensajes de Temple?

—De eso no sé nada. Cuando Dusty nos ha necesitado, llamaba a casa de River por teléfono, y este nos avisaba a los demás.

Hice una pausa para poner en orden mis ideas y dije:

—Supongamos que ese tipo moreno y de ojos verdes quisiese hacer el negocio por su cuenta. ¿Qué pasaría?

Alberto rio.

—Eso es imposible. Él mismo sabía que lo liquidarían enseguida. No creo que se hubiera atrevido.

Sin embargo. Van Eckert se había atrevido.

Todavía me quedaba mucho camino por recorrer, pero las piezas del rompecabezas iban encajando poco a poco y formando un todo homogéneo. Si Rex Harris hubiera venido al cementerio, entre los dos, con lo que él debía saber ya, podíamos haber construido una hipótesis que habría hecho la boca agua al más exigente fiscal. Pero el caso era que Harris había brillado por su ausencia y yo

continuaba en el mismo apuro. Ahora, con mayor motivo, debía evitar cualquier trampa que me tendiese la policía. Si daba un paso en falso, los pájaros levantarían el vuelo. Chicago está demasiado cerca del Canadá y desde este país se puede empalmar con cualquier punto del globo, por alejado que se encuentre. El amigo Dusty Einer debía creer en aquellos momentos que mi cuerpo se encontraba bajo unas cuantas paladas de tierra. Tenía que sacar ventaja de aquella situación favorable. Me dirigí de nuevo a Alberto:

—Dile a la señorita dónde está la fábrica de Dusty Einer.

—¿Es que vamos a ir allá? —preguntó, reflejando en su rostro un terror súbito—. Usted me prometió que me entregaría a la policía.

—Y mantengo lo dicho, compañero. Pero antes de ir a Jefatura, quiero hacer una visita de cumplido a Einer. Le debo algunos favores y sería de muy mala educación no darle las gracias por ellos.

—¡No sea loco, Jalonik! Se va a jugar el pellejo.

Por una de esas casualidades de la vida, el amigo Locatelli había encerrado en dos frases la esencia de mi situación en aquel endemoniado asunto. Me tomaron por loco en sus comienzos y yo mismo llegué a pensar que lo estaba. En cuanto a la piel, me la estaba jugando desde hacía unos cuantos días.

—Sé un buen chico y haz lo que te he dicho.

El forajido no tuvo más remedio, cuando levanté una pulgada la pistola, que le convenció que lo mejor era hacerme caso. Fue indicando a Debbie las calles por donde debía seguir y al cabo de veinte minutos de haber partido del cementerio, nos encontramos delante de la fábrica de Dusty Einer. Le indiqué a mi aliada que diese una vuelta un poco rápida alrededor de la fábrica para reconocer el terreno y aparcamos en la parte trasera, lugar que estaba envuelto en la mayor obscuridad. Cuando el coche se detuvo, Debbie volvió la cabeza, preguntando un tanto alarmada:

—¿Me va a dejar sola con él?

—Así va a ser, pero no podrá hacer nada contra usted. Baje y abra el portamaletas. Seguro que encontrará alguna cuerda con la que yo pueda maniatar a este muchacho.

Alberto sudaba como si lo fueran a freír en la silla eléctrica.

—Estamos en peligro, Jalonik —me advirtió nuevamente, mientras Debbie descendía del coche—. Si Einer se da cuenta de que estamos aquí, ninguno de los tres podrá contarlo.

Yo me encogí de hombros, replicando:

—Puede que sea Einer quien las reciba todas en la misma mejilla esta noche. Supongo que tendrás llaves para entrar.

Me indicó las que abrían las puertas que debía cruzar hasta llegar al despacho de Einer. Luego abrí la ventanilla y Debbie me dio por el hueco una cuerda con la que até fuertemente, hasta arrancarle un quejido de dolor, las manos de Alberto. Luego realicé la misma operación con los tobillos, y, a pesar del pánico que demostraba, por si acaso, le amordacé con su propio pañuelo. Terminada la operación, salté del vehículo. Debbie estaba observando la fábrica de productos químicos que, en la oscuridad de la noche, parecía un enorme fuerte.

—Escuche, Debbie —murmuré. Y cuando se volvió a oírme, inquirí—: ¿Cree que tendrá suficiente valor para esperarme en ese coche?

Ella levantó la barbilla altivamente, replicando:

—¿No le he dado suficientes pruebas, señor Jalonik?

Yo no dije nada. La besé en los labios y eché a andar hacia la casa que tenía delante.

CAPÍTULO XI

Metí la primera llave que me había señalado Alberto en la cerradura de la puerta de atrás y abrí, colándome dentro. Estaba muy oscuro, pero avancé de acuerdo con las referencias y pisé una escalera. Subí y me hallé ante otra puerta. Maniobré con la segunda llave y me encontré, por fin, dentro de la casa. Recorrí el largo corredor y salí a lo que debía de ser una gran nave. Olía fuertemente a acetona. Había grandes bultos a derecha e izquierda. Los pude ver con bastante claridad, porque al fondo, a través de los cristales de una ventana, se filtraba un gran chorro de luz. Caminé silenciosamente, apretando con firmeza la culata de la pistola.

Al encontrarme frente a la tercera puerta, la abrí de un tirón y salté al interior. La habitación era un despacho discretamente amueblado. En el fondo, tras una mesa, había un hombre. Frisaba en los cuarenta años, era rubio, de rostro bien parecido y brazos muy largos. Me miró sin sorprenderse y se levantó poco a poco, diciendo:

—Ha tardado mucho en venir, señor Jalonik.

Yo me acerqué a la mesa inspeccionando todos los rincones, pero no había nadie entre las cuatro paredes, excepto nosotros.

—¿Me esperaba, señor Einer?

—Yo no era partidario de que lo matasen a usted en el cementerio, mejor dicho, de que acudiesen a la cita que usted proponía.

—¿Por qué? Tenía la seguridad de que yo no había llamado a la policía.

—Precisamente por ello. Usted no nos podía hacer ningún daño si lo manteníamos alejado por lo menos durante cuarenta y ocho horas.

Sonreí en su obsequio, deduciendo:

—En tal caso, si su opinión no prevaleció, debe de haber alguien por encima de usted, ¿verdad, Dusty?

—Nadie ocupa en esta vida el puesto que merece —contestó, filosóficamente—. Es posible que sea como usted dice.

Dio un suspiro de resignación, y tras mi silencio, preguntó:

—¿Puedo encender un cigarrillo?

—Claro que sí, yo encenderé otro. No haga ningún movimiento. Le daré de los míos.

Saqué el paquete con la mano libre. Justamente quedaban dos pitillos. Me puse uno en los labios y el otro se lo tiré al aire. Lo cazó con seguridad.

Encendí y luego le acerqué la llama al suyo. Todo se desarrollaba con naturalidad, como si fuésemos dos viejos amigos dispuestos a tratar de un negocio.

—¿Va a ser buen chico, Dusty?

Me miró con fijeza, mientras sus labios se distendían en una sonrisa.

—¿Por qué no había de serlo? Usted ha demostrado poseer una inteligencia nada común y eso siempre me ha predispuesto en su favor. Ha luchado solo. Tenía el convencimiento de que si Locatelli y River fallaban el primer disparo, usted sería el vencedor.

Me di cuenta de que me estaba dando demasiada coba. Intentaba ganar tiempo, pero yo me encontraba muy seguro en aquella habitación con la pistola en la mano y pensé que podía darle la oportunidad de creer que me estaba tomando el pelo. Me cosquilleaban los pies al creer firmemente que Einer iba a darme la solución definitiva del jeroglífico.

Yo le sonreí también y sugerí:

—Hábleme del microfilm. Apuesto a que es interesante.

Arrojó una bocanada de humo con la delicadeza de un diplomático en una fiesta de embajada, y dijo:

—Apenas tiene historia. Nos lo proporcionó Cecil Strasseman, un alemán naturalizado que trabaja en la sección de proyectiles teledirigidos del Pentágono. Es un hombre de gran relieve científico, hasta el punto de que ciertos sectores del país defienden su proyecto de satélite artificial frente al de Von Braum.

—Nunca me han gustado los tipos de barba de chivo. ¿Cobró mucho por su traición?

—Una cantidad respetable, pero tenga en cuenta que estos hombres se pasan de un bando a otro por sus ideas, no por el dinero.

Tenía razón y pasamos a otro punto.

—Cuénteme lo de Van Eckert.

Hizo una mueca despreciativa como si acabase de oler a

podrido.

—¿Eckert? —repitió—. Ese sí que pretendía traicionarnos únicamente por dinero. Sus convicciones estaban de este lado del hemisferio.

—Me figuro que él era quien tenía que entregar el microfilm al que lo debía sacar del país.

—Acierta usted también esta vez. Eckert debía haber estado hace cuatro días, a las siete de la mañana, en un lugar situado a veinte millas al norte de Milwaukee. Un hidroavión transportaría la copia a las inmediaciones de Heron-Bay, en el Canadá. Desde allí, otro avión de gran radio de acción, lo habría llevado a su último destino.

—Pero Eckert estropeó sus planes.

—Así fue. El día señalado, a las siete de la mañana, Eckert no apareció en Milwaukee. Inmediatamente nos pusimos a darle caza. No estaba en Chicago. Apenas habían pasado veinticuatro horas, cuando se puso en contacto con nosotros desde Nueva York.

—Y les pidió medio millón de dólares por la devolución de la copia.

—Está usted muy bien informado —me sonrió de nuevo Dusty—. Pero él no se lo pudo decir.

—Tengo también mis medios de información. Pero siga su historia. Es más emocionante que una película de vaqueros.

—Le pedimos a Eckert unas horas de plazo para reunir el dinero. Ya se puede figurar que lo que pretendíamos era localizarlo en Nueva York para ajustarle las cuentas. Eckert se comportó un poco estúpidamente. Se alojó en el mismo lugar de siempre, en el apartamento de su jefe, el vendedor de libros. Teníamos que liquidarlo sin dejar huella. Yo me encargué de ello.

—¿Cómo lo hizo?

—Me introduje en el apartamento de Charlie Polo y le enseñé a Van el hocico de mi pistola. Tenía que haber visto usted a aquel traidor. Creí que se deshacía en sudor. Me juró que nos devolvería la copia del microfilm y que no teníamos que temer nada de él. A todos les pasa lo mismo cuando ven que la muerte les hace un guiño. Le pregunté dónde guardaba la copia y me dijo que la había metido en el archivo correspondiente a la H en las oficinas de Charlie Polo. Yo, al tener en mi poder la información que

necesitaba, decidí eliminarle.

—Realizó una verdadera obra de arte.

Dusty mostró, una vez más, sus dientes blancos como la leche, engreído por mi alabanza.

—Le dije a Eckert que se tranquilizase, que todos cometemos algún error en nuestra vida y que el carácter de nuestra organización estaba reñido con los malos modos. Lo readmitiríamos como un nuevo hijo pródigo. Se tranquilizó un poco, aun cuando no dejaba de reír nerviosamente. Entonces le propuse un brindis. Él tenía una botella de whisky en la cocina y fue a levantarse, pero yo, para demostrar cuánto le apreciaba, guardé la pistola y le dije que no se tenía que molestar. Fui a la cocina, saqué la botella de la nevera y escancié en dos vasos, en uno de los cuales disolví medio frasco de digitalina, o sea, diez centímetros cúbicos. Regresé junto a Eckert y le di la copa. Él debió de sospechar algo, pero no estaba en situación de demostrarlo. Cogió el vaso temblorosamente. Cuando vio que yo bebía el contenido del mío de un solo trago, apuró el suyo echando la cabeza hacia atrás. Me senté frente a él y esperé los resultados, dándole conversación. Al cabo de un rato, cuando empezó a sentirse mal, tuvo ya seguridad de lo que yo había hecho. Entró uno de mis ayudantes y lo mantuvo a raya para que no gritase. Yo marché a la oficina de Charlie Polo, pero allí me encontré con una sorpresa. Después de abrir la puerta con una llave falsa y de buscar en el archivo de la H, maldije a Eckert. Me había engañado. Allí no estaba la copia del microfilm. Volví seguidamente al apartamento de Polo. Eckert estaba a punto de morir. Le pedí que me señalase el verdadero lugar donde escondía lo que necesitábamos, prometiéndole un antídoto. Pero él, fuese porque conocía su inminente muerte o porque quizá su cerebro no razonaba, murió sin hablar. Buscamos en todos los lugares del piso sin encontrar la copia. Pensé que habría sido una buena treta suya dejarla en su apartamento de Chicago, pero aquí un hombre deshizo su mobiliario, sus trajes, sus zapatos, en fin, todo cuanto pudiera haber servido de escondite, sin ningún resultado práctico.

—Usted quiere decir, Dusty, que hasta el presente no ha logrado recuperar la copia del microfilm.

—No, no la hemos encontrado.

Yo sonreí. Sabía perfectamente y lo había sabido mucho antes de

aquel momento, quién guardaba la copia, pero no quise decírselo. Era una exclusiva mía, de Fred Jalonik, y solo lo comunicaría en determinadas circunstancias, antes de que la solución de todo el enredo apareciese en mi periódico.

Prefería que él siguiese dándome detalles del asunto que aparecían difuminados en mi mente.

—¿Por qué no se entendieron ustedes directamente con Strasseman?

—Él lo quiso así. Tenía por costumbre ir dos o tres veces al cementerio de Dakwood, donde reposaba su mujer. Exigió que se le enviase allí un enlace completamente inoperante, es decir, un hombre corriente que tuviese algún deudo también en el mismo cementerio. Para ello, buscamos a Jack Temple, que había perdido a su hermana recientemente. Temple hizo otros trabajos aparte de este. Era un muchacho del que se podía uno fiar porque le gustaba el dinero como a todos, pero que tenía la idea, magnífica para nosotros, de marcharse al Brasil en cuanto lograrse reunir unos ahorros. Temple iba al cementerio los mismos días que Strasseman, para lo cual este le telefoneaba al “Club 21”.

—¿Y la cartulina verde bajo la botella de ron?

—Cuando Temple quería establecer contacto con nosotros, ponía esa señal y uno de nuestros hombres, que se daba una vuelta todas las noches como un cliente más por el club, nos comunicaba si había cita. Esta tenía lugar al día siguiente, a las siete, en el lugar que usted conoce.

—¿Por qué tiraron contra Temple la otra noche?

—Cuando usted fue al “Club 21”, lo seguía uno de nuestros hombres, Corcoran, quien se unió al que ya estaba allí, Sandy. Vieron cómo hablaba con Temple. Cuando este salió después que usted, supusieron lo que iban a tratar y decidieron, con muy buen acuerdo, eliminarlos a los dos.

—Acerté a uno de sus muchachos. ¿Cuál de los dos?

—Fue Corcoran. Le pegó en un brazo. Una herida leve.

—¡Qué lástima! ¿Y el cadáver de Temple?

—En el fondo del lago Michigan con una piedra al cuello.

—Lo que no comprendo es por qué la policía no ha visto algo raro en su desaparición. Han debido investigar después de aparecer mi información en el “Star”.

—Y es así. Pero no han encontrado el cadáver y ya sabe que al faltar el cuerpo del delito, este no puede existir.

—Tarde o temprano su no aparición equivaldría a una presunción táctica de que el crimen se había cometido.

—Aun así, podíamos estar tranquilos. No habrían hallado ninguna pista que relacionase a Temple con nosotros. Teníamos bien atados los cabos —Dusty hizo una pausa para tirar la colilla del cigarrillo, y añadió—: En cuanto a su medio de información, Brunilda...

—¿Qué le han hecho? —lo interrumpí, pensando una barbaridad.

—Nada. No queremos dejar a nuestras espaldas un reguero de sangre. Solo la he mencionado para que sepa que también nosotros hacemos uso de la inteligencia...

—Estupendo, Dusty. Pero apuesto a que no les va a servir de nada ahora. Están cogidos.

—No le he dicho quién es el jefe.

—Ya lo dirá ante los inspectores del F. B. I. Vamos a salir de aquí.

—¿Cree usted, de verdad, que le he contado la historia para que vaya con el soplo a los *G-men*? —dijo, riendo fuerte.,

—Deje pasar inedia hora más y saldrá de dudas.

—Es usted un ingenuo, Jalonik.

—No sabe en qué grado, pero eso me ha salvado muchas veces. Siempre encuentro en mi camino a otros que lo son más que yo.

La puerta se abrió bruscamente y por el hueco entró Debbie dando traspiés.

—¡Debbie! —exclamé.

La joven logró mantenerse en pie, dirigiéndome una mirada desesperada.

—¡Le dije que esperase fuera! —chillé—. ¿Qué hace aquí?

La respuesta llegó por la puerta abierta.

—¡Suelte la pistola, Jalonik! —conminó una voz ronca—. ¡Estoy apuntando con la mía a la señorita Kelly!

Solté la pistola y una maldición.

Entonces entraron en el despacho tres hombres. Identifiqué al primero como el jefe de la pandilla de espías. Los otros tenían todo el aspecto de ser simples guardaespaldas, como Locatelli.

El que dirigía la orquesta, con una batuta calibre de ocho milímetros y cachas de marfil, frisaba en los cincuenta años y era de cabello oscuro, ojos castaños, nariz un poco chata y boca de labios gordezuelos. Vestía tan elegantemente como Dusty. Al parecer, el espionaje les reportaba pingües beneficios.

Se llamaba Glen Logan. Recordaba las fotografías de su efigie en los periódicos. Había sido un tipo importante en el disuelto partido de Henry Wallace, el que fue vicepresidente de la nación con Franklin Delano Roosevelt. Wallace demostró su patriotismo echando el freno a sus apetencias personales cuando los Estados Unidos entraron en la guerra con el Eje, pero había muchos garbanzos negros en su olla y allí estaba la prueba. Logan debió pasar inadvertido durante la contienda, y luego, al advenimiento de un mundo mejor, pensaría que, ya que su carrera política estaba destrozada, haría bien en pescar lo que pudiese en el río revuelto.

—Se ha excedido un poco en su celo profesional, Jalonik —indicó, con suavidad.

—Es posible, pero todo se puede arreglar —contesté, jovialmente—. Lárgueme un fajo de billetes y olvido hasta el nombre de mi gato.

—Usted no es de esos tipos —retrucó, sonriendo—. Tiene metido el periodismo y el concepto del deber en el tuétano. No le importa lo que le pueda sobrevenir en el ejercicio de sus actividades.

—No se ponga tan dramático. Está a punto de conseguir que me ponga a llorar.

—Haga chistes mientras pueda. Esto se va a acabar para usted enseguida.

—¿Es que va a seguir matando tontamente? Yo no tengo la copia del microfilm.

—Lo sé. La tengo yo.

—Bravatas tuyas, Logan.

—¿Ve usted? Hasta me conoce.

—Devoraba los diarios desde joven pensando ver mi firma en la primera página. Por eso descubrí más de una vez en ellos su sucia cara,

El cuervo que estaba más cerca de mí me pegó un puñetazo en el pómulo, pero no llegué a caer porque encontré en el camino la mesa.

Debbie emitió un gritito de angustia.

—¿Por qué no se mantiene con la boca cerrada, Jalonik? — sugirió Logan—. En otro caso, van a encontrar su cuerpo muy desfigurado.

En aquel instante, cruzaron el umbral de la puerta otros dos hombres.

Dusty Einer lanzó una, exclamación y sus ojos se desorbitaron aterrorizados, mientras retrocedía.

Tenía motivo para estar tan impresionado.

El que había entrado primero, sobre cuyas espaldas apoyaba el segundo una pistola, era el hombre que me había invitado en Nueva York a su entierro.

CAPÍTULO XII

—¡Van Eckert! —exclamó el químico—. ¡No puede ser!

Logan me sonrió, diciendo:

—¿Se lo explica usted, Jalonik?

—Claro que sí —acepté—. No es Van, Dusty. ¿No recuerda que usted lo asesinó? Se trata de su hermano gemelo.

Einer miró con más atención al recién llegado, murmurando:

—¡Es exactamente igual al otro!

—Este se llama Nunnally —dijo Logan—. Me interesaba enormemente conocerle porque tenía en su poder la copia del microfilm.

—¿La has recuperado? —preguntó Einer.

—Naturalmente —repuso, con cierta afectación, el antiguo político—. He tenido que tomar las riendas del negocio para rectificar tus errores.

El químico encajó mal el golpe. Su semblante adquirió un tono pálido, mientras se excusaba:

—No tuve la culpa de que Van nos fallase. Parecía de confianza.

—Te la merecía solamente a ti. Tú fuiste quien lo buscó, y tu imprevisión ha estado a punto de hundirnos.

Yo quería saber más del hermano de Van y pregunté a Logan:

—¿Cómo consiguió dar con Nunnally?

Me sonrió, contestando:

—Aunque concedí a Einer casi plenas facultades para la elección de nuestros auxiliares, tomé la precaución de informarme de todos ellos para evitar posibles sorpresas. Así pude saber que Van Eckert tenía un hermano gemelo.

Como todos los delincuentes, Logan la gozaba en grande exponiendo su clarividencia, su sabiduría. Desgraciadamente, no podía aprovechar en mi beneficio este punto flaco por cuanto nadie acudiría a sacarnos del atolladero en que Debbie, Nunnally y yo nos encontrábamos.

Por de pronto, decidí darle más cuerda, preguntándole de nuevo:

—¿Y cómo se le ocurrió pensar que Nunnally tenía la copia del microfilm?

—Einer presentó a Van a una chica que estaba a nuestro

servicio. Una mujer de gran seducción llamada Rita. Fue una idea mía para tener atado un poco más al vendedor de libros. Él tenía que desempeñar un papel importante en nuestros planes, por cuanto era quien debía realizar la entrega de la copia en Milwaukee. Fue cosa fácil para Rita enamorar a Van, pero a pesar de ello, no la hizo confidente de su traición. Era un hombre que sabía establecer una frontera entre el amor y los negocios.

Logan hizo una pausa para encender un cigarrillo y tras lanzar una bocanada de humo, prosiguió:

—Van empezó a hablar a Rita de su hermano gemelo. Ya sabe, menudencias sobre las anécdotas que había provocado su semejanza a lo largo de su niñez. Rita me ponía al corriente de todas sus conversaciones con Van. Y así, cuando él desapareció, y tras resultar infructuoso el trabajo de Einer, me pasó por la imaginación la idea, de que el hermano gemelo quizá supiese algo al respecto. Días antes de que Van nos engañase, Rita lo encontró nervioso. Esto nos debió haber puesto en guardia, pero lo tomamos como una natural excitación por la misión que iba a llevar a cabo.

Recordé lo que me dijo la empleada de Van, la campeona de belleza que esperaba ser estrella y luego esposa del patrón, sobre las dos conversaciones telefónicas que él mantuvo en su presencia.

—Lo cierto es que telefoneé a la agencia de Charlie Polo preguntando por el hermano de Van Eckert y me contestaron que no tenía ninguno. ¿Se da cuenta, Jalonik? ¿Por qué Van había silenciado la existencia de Nunnally y de pronto, días antes de cumplir su trabajo, lo recordaba hablando con Rita? Era indudable que previendo el peligro de su traición le acudía a la memoria la imagen de una persona querida de la que, por alguna razón, había vivido separada cierto tiempo. Mas también podía pensar en él como una ayuda para llevar a efecto su maquinación. ¡Y esta idea fue la buena!

Al hacerse el silencio, recordé que la pistola que había pertenecido a Simmons estaba todavía en el suelo, y di dos pasos desplazándome del sitio que yo ocupaba.

Debbie debió comprender lo que pretendía hacer porque meneó la cabeza, casi imperceptiblemente, en sentido negativo.

—Le falta conocer lo más gracioso, Jalonik —murmuró Logan, brillándole los ojos.

—Dígamelo —repuse—. Quiero morir desternillado de risa. Lo prefiero a los agujeros.

Un esbirro dio un paso hacia mí para castigar mi osadía, pero su jefe lo contuvo con un ademán. Logan no deseaba que nadie le arrebatase el primer papel de la comedia.

—Fuimos al apartamento de Nunnally, en Patterson, cerca de Nueva York —explicó—. Nunnally ejerce allí como doctor. Lo sometimos a un interrogatorio. El pobre no sabía nada. Parecía que decía la verdad. Pero se me ocurrió ordenar a los muchachos hiciesen un registro. Tardaron algún tiempo en encontrar lo que buscábamos. ¿Sabe dónde estaba el microfilm?

—En el vientre de un arenque —dije yo.

—No sea majadero —masculló, dirigiéndome una mirada fulminante—. En una pequeña caja que Van le había enviado, camuflándola como muestra gratuita de medicinas. ¡Y Nunnally la tenía en casa sin haberse dado cuenta de ello!

Empezó a estremecerse riendo, y me dio un asco terrible pensar que se pudiese salir con la suya.

—¡Eres un puerco, Logan! —exclamé.

El buitre que me había pegado antes volvió a lanzarme el puño. Se produjo un restallido y salí despedido hacia atrás. Caí al suelo y di una vuelta de campana. Pero al propio tiempo, cogí el arma que había arrojado minutos antes. Apenas quedé boca abajo, hice el primer disparo contra el berzotas que esgrimía la pistola. El proyectil se le metió en el estómago, y al no poder con su peso, derrumbóse estrepitosamente.

Logan sacó con rapidez su chisme, pero no le di tiempo a usarlo. La segunda bala que salió de mi cañón, fue para él. Lo alcancé en pleno rostro, el cual estalló en sangre. Murió en el acto y quedó tendido cuan largo era.

Nunnally cooperó eficientemente a mi rebelión soltándole un formidable izquierdazo a Dusty Einer.

—¡Quietos todos! —ordené rabiosamente.

Allí acabó la lucha. Los malos levantaron los brazos entregándose sin reservas.

Debbie me sonreía feliz y contenta.

De pronto, como si allí se estuviese celebrando el baile anual de la policía, empezaron a entrar gente de uniforme y de paisano.

Estos olían a “bofia” desde lo alto de la estatua de la Libertad.

Iban capitaneados por Rex Harris, quien al verme se dirigió hacia mí, dejando que sus colegas se hiciesen cargo de los prisioneros.

—¿Dónde te has metido, Fred? —me preguntó, dándome una palmada efusiva por encontrarme vivo.

—No te volveré a citar en ningún sitio —le repliqué—. ¿O es que te di miedo el cementerio?

Se me quedó mirando fijamente, como si yo fuese un bicho raro y de súbito se golpeó la frente, exclamando:

—¡Entonces era cierto! ¡Santo cielo, eso te pasa por ser demasiado bromista!

Soltó una carcajada y dijo:

—Acertaste, Fred. Van Eckert tenía un hermano gemelo.

Señalé a Nunnally, murmurando:

—Él es ese hermano gemelo...

Harris puso una cara compungida.

—Eso quiere decir que no te he servido de nada.

—Olvídalo. Pero explícame por qué demonios habéis venido.

Fue Debbie quien me contestó, acercándose a mí.

—Cuando usted me dejó con Locatelli, puse en marcha el coche y busqué un bar. Desde allí telefoneé a la policía. A pesar de sus palabras, no las tenía todas conmigo.

—Se había dado orden a todas las comisarías, a petición mía, de que comunicasen a la central cualquier referencia a Fred Jalonik —declaró Rex—. Estaba muy intranquilo al no saber de ti.

Debbie cogió de nuevo el hilo.

—Cuando volvimos de nuevo aquí, nos sorprendieron en el coche —manifestó—. Son unos asesinos. Mataron a Locatelli por haberse dejado atrapar. Si le hubieran quitado la mordaza, les habría puesto al corriente de que yo había avisado a la policía.

Yo entregué a Rex la pistola que había manejado y comenté:

—Todo está bien, si acaba bien.

Un hombre de espeso bigote y ojos de ratón, se adelantó, tendiéndome la mano.

—¿Fred Jalonik?

Harris indicó:

—Es el inspector Louis Mayer, del F. B. I.

Cambiamos un apretón y Mayer dijo:

—Nos tendrá que perdonar por lo del otro día.

—No se preocupe. En alguno de los bolsillos de Logan encontrará la copia del microfilm.

—Teníamos nuestras sospechas sobre este asunto del proyectil teledirigido Zeta, pero no podíamos exteriorizarlas al país por razones de alta política. El propio Hoover nos recomendó cautela. Por ello, yo le ruego, en nombre del Departamento de Defensa y del F. B. I., prescinda de toda información al respecto.

Me quedé de una pieza. ¿Es que mi trabajo no iba a servir de nada?

—Vigilábamos a Strasseman —prosiguió Mayer—, aun cuando confieso que quizá no lo hemos hecho en la medida necesaria para evitar lo ocurrido.

—¿Pero qué van a hacer con ese tipo? Si no hay espionaje, no habrá juicio ni condena.

—Expulsaremos a Strasseman del país. Nuestros leguleyos encontrarán mil razones. Tenga en cuenta que todo esto es fruto del “espíritu de Ginebra”. Un proceso de esta índole a estas alturas, echaría por tierra a los ojos del mundo la ímproba labor de nuestro presidente en beneficio de la paz. En cuanto a los demás...

Se quedó pensativo y en ese instante otro policía que había estado escuchando, dijo:

—No hay problema. Conseguiremos que firmen una declaración confesando delitos que les deparen una condena de dos a diez años. No habrá farsa alguna. Todos son delincuentes fichados.

Los pandilleros habían salido ya de la habitación.

—¿Dusty Einer también? —pregunté.

—Einer se pasará de quince a veinte a la sombra. Se ha amparado en su condición de químico para trajinar con estupefacientes. El Departamento del Tesoro no ha podido meterle mano nunca porque se ha defendido bien, pero esta noche lo cogeré por mi cuenta. Sabe que el espionaje se castiga con la muerte. Él ignora “las razones de alta política” que concurren en el caso. Haré, pues, una transacción con él para que me firme una declaración especial.

Al fin, Dusty recibiría su castigo por la muerte de Van Eckert. Eran ambos unos pájaros de cuenta, pero a pesar de ello, existía el

asesinato. Un asesinato que no se hubiera podido probar, puesto que utilizó como arma un veneno que no dejaba huella. Ningún fiscal habría osado sostener una acusación contra él basada en el crimen.

Mayer me dijo:

—Comprendo que es duro para usted, Jalonik, pero ha demostrado su valía y se desquitará en otro asunto.

Sonreí amargamente.

Luego el del F. B. I. quiso saber quién era Nunnally Eckert y yo lo presenté como un amigo mío que me había ayudado a penetrar en la fábrica.

Ni él ni los otros policías podían relacionar el apellido de Eckert con el caso.

Llegó el momento de las despedidas y salimos juntos Debbie, Rex, Nunnally y yo.

Sabía que Harris tenía una pregunta en la punta de la lengua y que no la había hecho por discreción.

La soltó en cuanto pisamos la calle.

—¿Por qué hizo aquella escena del entierro en el despacho de Jalonik, señor Eckert?

Nunnally tosió, manifestando después:

—Para explicarlo tengo que empezar por el principio. Hace unos años, Van y yo tuvimos una agria disputa, de cuyas resultas nos separamos disgustados. No supimos uno del otro en mucho tiempo, exactamente hasta hace unos días que me telefoneó desde Nueva York rogándome fuese urgentemente al apartamento de Charlie Polo. Tardé tres horas en acudir a la cita porque hube de visitar a un enfermo grave. Fue lo bastante para que yo no pudiese evitar su muerte. Cuando llegué al apartamento, lo encontré moribundo.

—Dusty Einer lo dejó muerto —opuse yo.

—En ese caso, sufrió solo un ataque al corazón. Me di cuenta de que había sido envenenado con digitalina. Lo que ocurrió en presencia de Einer, fue que la primera dosis de digitalina fue absorbida por la fibra cardíaca. En ese transcurso, mientras se realizaba la absorción, mi hermano pudo pasar por muerto. Pero luego, cuando Einer se fue, volvió en sí. En ese instante llegué yo. Solo lo tuve en mis brazos un par de minutos. Había perdido ya la lucidez. No podía responder a mis preguntas. Únicamente

pronunció dos palabras: “Policía, no”. Luego murió.

Nunnally guardó un silencio que todos respetamos, prosiguiendo más tarde:

—Quise ser fiel a su último ruego, considerando que Van se habría visto envuelto en algo sucio, de lo que se arrepentiría en su último instante. Pero al propio tiempo, yo tenía que esforzarme en que su asesino fuese descubierto. Empecé a pensar y me acordé de Fred Jalonik, el periodista que hacía un año había sacado a flote el caso Mac Nally enfrentándose con delincuentes, rivalizando con la policía, desoyendo las amenazas de los políticos... Era mi hombre, pero yo no podía ofrecerle prueba ni pista alguna, ni siquiera la de que mi hermano había sido asesinado, puesto que la digitalina no deja huella. Entonces recordé que yo podía ser Van. Éramos iguales. La luz se hizo en mi mente. Parecería inverosímil. Jalonik sabría desde el primer instante, que había dos Eckert, pero la forma de presentarle el asunto le apasionaría hasta el punto de no dejarlo de la mano. Solo pretendía recabar su interés, excitar sus condiciones de investigador nato.

Celebré que fuera de noche. Las alabanzas de Nunnally me estaban haciendo subir el pavo.

Para disimular, dije:

—No crea que estaba tan seguro de la existencia de los dos Eckert cuando el conductor del taxi negó que hubiese habido un viajero conmigo. ¿Cuánto le costó su colaboración?

—Veinte dólares —sonrió, añadiendo—: Le envié la corona para demostrarle que no estaba usted loco.

—Hizo bien. Yo empezaba a dudarlo.

—¿Qué les parece si vamos a tomar algo a un bar? —propuso Harris.

Fue una buena sugerencia. Mientras ellos se sentaban a una mesa, yo me colé en la cabina telefónica y llamé a Nueva York. Ullman no estaba en el “Star” y tuve que despertarlo en su casa.

—¿Quién infiernos es? —preguntó, desabridamente.

—Fred Jalonik.

—¡Fred! ¿Qué me dice?

Respiré profundamente y repuse:

—Me equivoqué, jefe. No había banda de espías.

—¡Repítalo!

—¿Para qué? Ya lo ha oído.

No quise mencionar el cadáver de Temple, ni el de Logan o el del otro cuervo. La policía aderezaría un relato a su gusto y lo comunicaría a los periodistas. Desde luego, se apartaría mucho de la verdad. Me había decepcionado tanto lo del espíritu de Ginebra, que, como revancha, había dejado de advertir a los de la Brigada que fueron a la fábrica de Einer, el lugar donde encontrarían el cuerpo del camarero. ¡Al diablo! Que trabajasen un poco por su cuenta.

—¡Jalonik!

El grito de Ullman me ensordecíó.

—De acuerdo, jefe —dije—. Estoy despedido.

—¡Eso es lo que usted cree! ¡Pero le voy a imponer un castigo peor.

—No le entiendo...

—Tome nota. El día 17 será repuesto en el trono de Marruecos el sultán destronado, Mohamed V. Saldrá usted mañana para Rabat. Irá en las mejores condiciones. El mejor hotel, buen sueldo...

—¿Se encuentra bien, jefe? ¿Yo a Marruecos?

—Claro que sí, muchacho. ¿Sabe por qué lo envío allá?

—No me diga que es porque ve en mí al hijo que no ha tenido nunca y que siempre ha deseado.

—No, querido Jalonik. Lo mando a Marruecos con la esperanza de... ¡que lo maten en cualquier atentado! ¡Que lo hagan trozos de un zambombazo!

—¿Nada más, jefe?

—¡Empiece a mandar crónicas en cuanto llegue!

Cortó la comunicación antes de que yo pudiera decir nada más.

Al volverme en la jaula para salir, me encontré con que Debbie se había colado dentro sin que me diese cuenta.

—¿A Marruecos, Fred? —me preguntó.

—Esa es la orden.

—¿Cuándo salimos?

Nos quedamos mirando a los ojos y, de pronto, ella se puso a sonreír.

Entonces la abarqué por la cintura y la apreté contra mí, besándola fuertemente en la boca.

FIN



Un importante acuerdo secreto entre dos potencias mundiales fué sabotado por una misteriosa organización de espionaje, amenazando con ello la paz mundial!

Así se inicia el argumento de

CATÁSTROFE EN GINEBRA

Uno de los más apasionantes relatos escritos por el famoso

MARK HALLORAN

¡En las sombras de la noche, el cerebro oculto seguía trabajando incansable, mientras el rescoldo de la pasada guerra parecía avivarse a su maléfico impulso!

CATÁSTROFE EN GINEBRA

Un apasionante título que la emocionante

COLECCION SERVICIO SECRETO

le ofrecerá la próxima semana

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

481. — M. L. Estefanía
EL RANCHO MACABRO

COLECCION "BUFALO"

128. — Orland Garr
FALSA ACUSACION

COLECCION "CONGO"

22. — Rogers Kirby
ORO ENVENENADO

COLECCION "PANTERA"

95. — J. León
**LA SOLUCION ERA UN
"COLT"**

COL. "SERVICIO SECRETO"

295. — Keith Luger
FLORES SOBRE MI TUMBA

COLECCION "POPULAR"

CONSEJOS A LOS ENAMORADOS

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

490. — Josefina María Rivas
MARA

COLEC. "MADREPERLA"

336. — Armando Sandoval
ESPESAS SOMBRAS

COLECCION "ROSAURA"

330. — María Lar
SOLO A TI

COLECCION "AMAPOLA"

216. — María Morgan
EL DESTINO SE EQUIVOCA

COLECCION "ALONDRA"

169. — Sergio Duval
LA SOMERA DEL AYER

COLECCION "CAMELIA"

110. — María Adela Durango
**UNA AVENTURA EN
BOMBAY**

COLECCION "ORQUIDEA"

80. — María del Pilar Carré
ALMAS AL DESNUDO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona " Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



ESTÁ YA A SU ALCANCE

*el manual más comple-
to y útil para asegurar
la felicidad de las jó-
venes parejas*

CONSEJOS A LOS ENAMORADOS

Un volumen indispensable para los que desean con-
traer matrimonio, que la famosísima

COLECCION POPULAR

publicará esta misma semana

CONSEJOS A LOS ENAMORADOS

¡Todo lo que deben saber los novios para asegurar
su felicidad!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Los excesos en las comidas o bebidas pueden estropear su estómago. Cuidelo como merece, leyendo



DIGESTIONES DIFICILES

Título del volumen número 5 de la famosísima

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

que a usted le interesa tener bien presente... en beneficio de la conservación y disfrute de su propia vida

El contenido de este interesantísimo volumen le revelará la influencia decisiva que el estómago ejerce en su salud y en el organismo en general, dándole a conocer a la vez todo lo relacionado con dicha viscera: úlcera, hiperclorhidria, dolores estomacales, regímenes para enfermos del estómago, etc.

DIGESTIONES DIFICILES

Un libro que resolverá fácil y agradablemente todas sus dudas

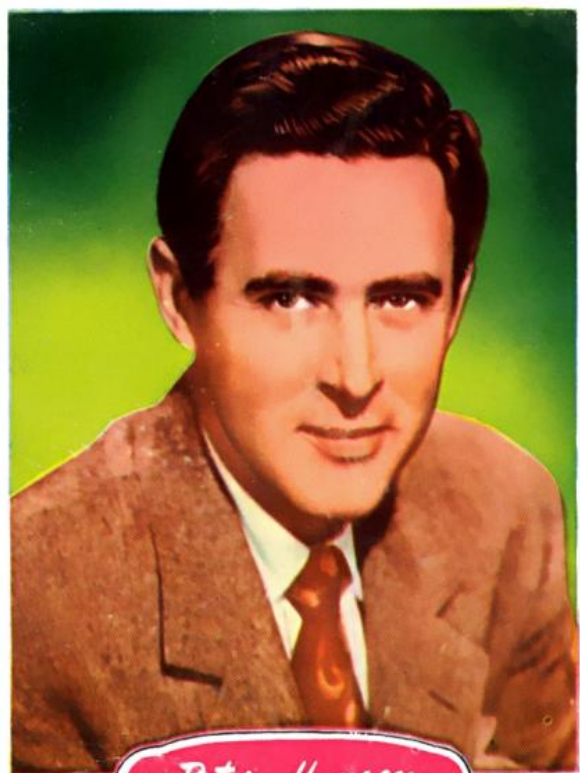
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Precio de venta: 15 ptas.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Peter Hanson

N.º 235

Nuevo descubrimiento de Hollywood, ha protagonizado "Cuando los mundos chocan" y poco después "Marcado a fuego". Tanto en el cine como en la vida privada, Hanson es el prototipo del hombre de acción.

Foto PARAMOUNT PICTURES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 pts. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$ 3/50.